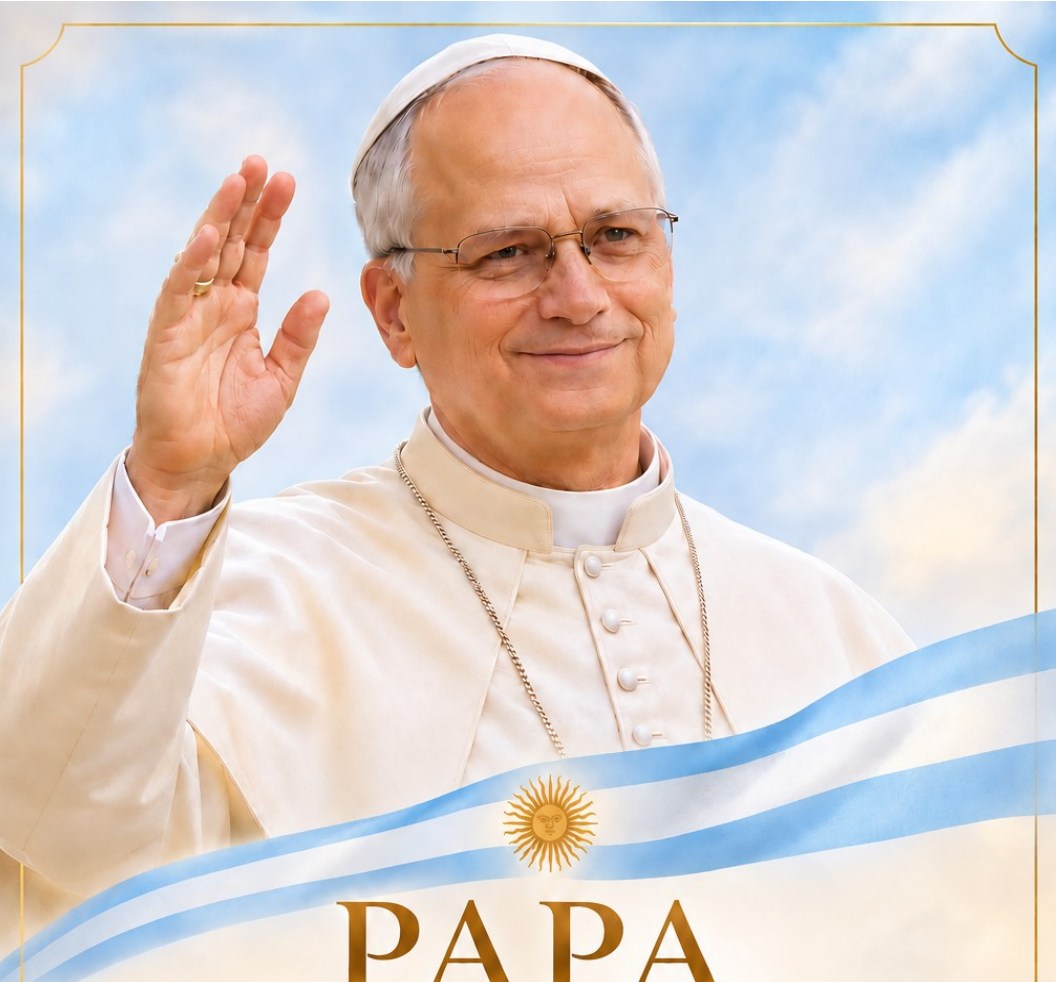

PAPA LEÓN XIV

Viaje a la Argentina

Todos los discursos

8–11 de noviembre de 2026

Visita del Papa León XIV a Argentina

8-11 de noviembre de 2026

He venido como Sucesor del apóstol Pedro y, por ello, como pastor. Deseo encontrarme con la Iglesia que peregrina en esta tierra y dirigirme asimismo a toda la nación y a quienes han recibido la tarea de servirla. La Iglesia acompaña la vida de los pueblos desde la misión que le ha sido confiada.

CONTENIDO

8 DE NOVIEMBRE DE 2026

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES,..... *5*

9 DE NOVIEMBRE DE 2026

VISITA AL "PEQUEÑO COTTOLENGO" 17

HOMILÍA ANTE EL "MONUMENTO DE LOS ESPAÑOLES" 23

ENCUENTRO CON EL MUNDO DEL TRABAJO..... 28

ENCUENTRO CON LOS LÍDERES DE LAS COMUNIDADES CRISTIANAS Y DE LAS TRADICIONES RELIGIOSAS 40

CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS 47

10 DE NOVIEMBRE DE 2026

HOMILÍA, MISA EN CÓRDOBA *55*

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES, LOS DIÁCONOS, LOS RELIGIOSOS Y LAS RELIGIOSAS, LOS SEMINARISTAS Y LOS AGENTES PASTORALES 61

VIGILIA CON LOS JÓVENES 70

11 DE NOVIEMBRE DE 2026

VISITA AL COMPLEJO PENITENCIARIO FEDERAL DE BUENOS AIRES 80

PLAZA FRENTE A LA BASÍLICA DE NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN (LUJÁN) 85

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, CON LA SOCIEDAD CIVIL Y CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO

Palacio Libertad, Centro Cultural Domingo Faustino Sarmiento (Buenos Aires)

Domingo, 8 de noviembre de 2026

Señor Presidente de la República, distinguidas Autoridades y miembros del Cuerpo diplomático, señoras y señores:

Me alegra profundamente encontrarme hoy en esta querida tierra argentina. Agradezco, Señor Presidente, las cordiales palabras que ha tenido a bien dirigirme y la acogida que, por medio de usted, me brinda su pueblo. Saludo también a los miembros del Cuerpo diplomático y a las demás Autoridades aquí presentes y extiendo con afecto mi saludo a todos los argentinos.

He venido como Sucesor del apóstol Pedro y, por ello, como pastor. Deseo encontrarme con la Iglesia que peregrina en esta tierra y dirigirme asimismo a toda la nación y a quienes han recibido la tarea de servirla. La Iglesia acompaña la vida de los pueblos desde la misión que le ha sido confiada. Por eso, también ante quienes ejercen responsabilidades públicas, desea ofrecer una palabra inspirada en el Evangelio y orientada a custodiar la dignidad de cada persona, la concordia y el bien común.

Mi llegada a esta tierra tiene, para mí, un significado particular. Durante doce años, la Iglesia universal escuchó la voz de un Pontífice argentino que llevó consigo, en la memoria y en el corazón, los lugares, las personas y la fe que aquí recibió. Hoy, al sucederle en el ministerio petrino, recorro en cierto modo el camino inverso y vengo a la patria donde el Papa Francisco comenzó una historia que después habría de entrelazarse con la de toda la Iglesia. Acercarme a la tierra en la que él creció es también acercarme a una historia mucho más amplia, hecha de generaciones de hombres y mujeres que, antes y después de él, han recibido esta patria y han dejado en ella algo de sí mismos.

Algunos nacieron aquí; otros llegaron desde lejos y encontraron un hogar; otros pertenecen a pueblos originarios cuya presencia precede al nacimiento de la nación. De ese encuentro entre procedencias y experiencias diversas fue tomando forma, con el paso del tiempo, un pueblo que ha sabido abrir sus puertas, hacer espacio a quien llegaba y conservar, aun en medio de momentos difíciles, una notable capacidad para levantarse y seguir hacia adelante. Todos han contribuido a la Argentina que hoy tengo la alegría de visitar. Ninguna generación comienza la patria desde cero. La recibe.

La recibe en una lengua y en unos vínculos que la preceden; en instituciones que otros fundaron y en bienes que fueron creciendo gracias al trabajo de muchos. La historia guarda motivos de gratitud y

también recuerdos dolorosos. A cada generación corresponde discernir aquello que merece ser conservado, afrontar las consecuencias injustas del pasado y acrecentar el patrimonio material y espiritual común. La patria que hoy está en manos de ustedes será mañana la herencia de otros.

La cultura ofrece algunas de las manifestaciones más características de esa herencia. Argentina ha sabido expresarse con una voz reconocible mucho más allá de sus fronteras: en el Martín Fierro de José Hernández; en las páginas de Jorge Luis Borges y de tantos escritores que han enriquecido la lengua española con acentos rioplatenses; en el tango, nacido del encuentro de barrios, puertos y procedencias diversas. De igual forma lo ha hecho en la música y las tradiciones del interior, en el teatro y también en gestos cotidianos tan sencillos como el mate compartido, que convierte una pausa en ocasión de conversación y cercanía. Son expresiones distintas de una misma memoria colectiva, recibida de generaciones anteriores y confiada también a la creatividad de quienes vienen después.

En esa herencia se encuentra profundamente arraigada la fe cristiana. Su huella atraviesa la memoria de la nación y permanece viva en innumerables argentinos que han encontrado en el Evangelio una fuente de sentido, esperanza y fraternidad.

Compartir una misma herencia exige también aprender a convivir, aun cuando existan diferencias de pensamiento. La historia enseña cuánto puede crecer un pueblo cuando sus diferencias se convierten en ocasión de diálogo y encuentro. Por eso, la democracia pertenece también a esa herencia que debe ser custodiada. Elegir a los propios gobernantes mediante el sufragio, participar en la vida pública, expresar con libertad las propias convicciones, confiar en la ley y reconocer en las instituciones un espacio común son bienes que se afianzan con el tiempo y que cada generación está llamada a cuidar y fortalecer (cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. Centesimus annus, 46).

La democracia se fortalece también en la manera cotidiana de actuar en la vida pública: en la disposición a escuchar, en el cuidado de la palabra, en la búsqueda paciente de acuerdos y en la capacidad de reconocer en quien piensa de manera distinta a un compatriota con quien se comparte un mismo destino. De ese modo, se forja una confianza que permite a una sociedad afrontar sus diferencias sin perder la conciencia de aquello que la mantiene unida.

A quienes han recibido responsabilidades públicas les corresponde una tarea especialmente exigente. La autoridad alcanza su sentido más alto cuando se ejerce como servicio, cuando sabe mirar más allá de lo inmediato y cuando pone sus capacidades al cuidado de aquello que pertenece a todos. Quien ejerce la autoridad tiene también el deber de actuar con

prudencia, reconocer los límites del poder que le ha sido confiado y orientar sus decisiones hacia el bien de toda la comunidad (cf. S. Juan XXIII, Carta enc. Pacem in terris, 53-60).

El bien común al que sirve la autoridad debe poder percibirse también en las condiciones concretas de la vida cotidiana. La familia, célula básica de la sociedad, ocupa aquí un lugar esencial. En ella, cada persona aprende a descubrir que su vida está unida a la de otros y que también es responsable de ellos. En el hogar se nos enseña a cuidar al débil, a perdonar, a compartir y a permanecer junto a quien necesita ayuda; y allí también muchos hombres y mujeres reciben las primeras semillas de la fe.

Por ello, una de las condiciones más elementales es poder vivir del propio trabajo. Esta tierra conoce bien el valor del esfuerzo de quienes se ganan la vida en el campo y en las ciudades, en los talleres, en las escuelas y en los hospitales; de quienes emprenden y de quienes cada día sostienen sus hogares. El trabajo permite a una persona sustentar a los suyos, desarrollar sus capacidades y saberse partícipe de la construcción de la patria (cf. Exhort. ap. Dilexi te, 115). Por eso, corresponde favorecer cuanto abra oportunidades, estimule la iniciativa privada y permita que el crecimiento alcance también a quienes encuentran mayores dificultades. Pienso de manera particular en las familias que llevan sobre sí el peso de la incertidumbre, en quienes buscan trabajo, en los ancianos que han contribuido durante años a

construir la sociedad y en quienes, aun trabajando, tienen dificultades para cubrir las necesidades de su hogar. La economía debe estar al servicio de la persona, y no la persona al servicio de la economía.

Argentina posee muchos recursos humanos. Hacer fructificar esa riqueza en beneficio de todos exige prestar particular atención a los jóvenes. De las oportunidades que encuentren hoy dependerá en buena medida que puedan desarrollar aquí sus proyectos de vida. Una nación debe preguntarse seriamente en qué ha fallado cuando sus jóvenes deben abandonar su tierra para realizar sus sueños.

Crear las condiciones para que puedan proyectar libremente su vida en Argentina exige robustecer de manera particular la educación, la formación profesional, la universidad y la investigación. A lo largo de su historia, esta nación ha procurado extender la instrucción a sectores cada vez más amplios de la sociedad. Gracias a ese esfuerzo, generaciones de argentinos han podido cultivar sus capacidades y contribuir al desarrollo del país desde los más diversos oficios y profesiones. Preservar y fortalecer esta vocación educativa exige ofrecer a los jóvenes una formación que les permita descubrir sus talentos, desarrollarlos y ponerlos al servicio de los demás (cf. S. Pablo VI, Carta enc. Populorum progressio, 14-15). Esta tarea requiere también confiar en los jóvenes, reconocer su capacidad de iniciativa y abrir espacios donde puedan aportar sus ideas y asumir responsabilidades. La nación necesita

contar desde ahora con su inteligencia, su creatividad y su participación.

Ese horizonte suscita otra pregunta: ¿Qué lugar ocupan en nuestras decisiones quienes todavía no han nacido? Antes de preguntarnos qué mundo les dejaremos, debemos reconocer su dignidad. Nuestra responsabilidad hacia las generaciones venideras comienza por acoger la vida desde sus primeros instantes y custodiarla hasta su término natural (cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. Evangelium vitae, 101). La misma dignidad reclama especial atención en la enfermedad, la dependencia y la discapacidad. También entonces corresponde cuidar, aliviar el sufrimiento, acompañar y hacer sentir a cada persona que su vida conserva siempre un valor que ninguna circunstancia puede disminuir.

Esa responsabilidad para con el género humano se refiere también al cuidado de la tierra. Argentina ha sido bendecida por Dios con una extraordinaria riqueza natural. Sus campos, sus reservas de agua, sus fuentes de energía, sus minerales y la diversidad de sus ecosistemas ofrecen amplias posibilidades de desarrollo. Una ecología auténticamente humana sabe unir el cuidado de la creación al de las personas, procurando que el aprovechamiento de estos recursos contribuya al bienestar de las comunidades y preserve las condiciones que hacen posible la vida y el trabajo en sus territorios (cf. Benedicto XVI, Carta enc. Caritas in veritate, 51).

Los rápidos avances tecnológicos abren, a su vez, posibilidades que hace pocos años apenas podían imaginarse. Plantean también interrogantes de gran alcance, especialmente en relación con la inteligencia artificial. La medicina, la educación, la producción y la investigación cuentan hoy con instrumentos capaces de transformar profundamente la vida humana. Estos avances exigen considerar las consecuencias de su aplicación y las responsabilidades de quienes deciden cómo utilizarlos. El desarrollo tecnológico necesita una conciencia ética a su altura (cf. Francisco, Exhort. ap. Laudate Deum, 21-24).

Muchas de estas responsabilidades exceden el ámbito de un solo Estado. Los grandes ríos unen territorios; los ecosistemas se prolongan de un país a otro; la energía, los alimentos, el conocimiento y los movimientos de las personas crean vínculos que desbordan las fronteras. Pensar el futuro de Argentina lleva también, por ello, a mirar hacia los pueblos con los que comparte este continente. América del Sur posee una gran riqueza humana y natural, y sus pueblos comparten lazos históricos y tradiciones culturales que ofrecen un amplio campo para la cooperación. Argentina puede contribuir a ese esfuerzo con su experiencia y sus capacidades. Fortalecer los espacios de encuentro y de colaboración es una manera de asumir juntos las responsabilidades que ningún país puede afrontar por separado.

Esa cooperación resulta igualmente necesaria frente a graves amenazas. El crimen organizado, las redes de trata de personas, el tráfico de armas y drogas, así como la corrupción dañan la convivencia, alimentan la violencia y desvían recursos necesarios para el bien común. Frente a estas realidades son indispensables la acción coordinada entre los Estados y la solidez de las instituciones. Esa solidez depende también de la integridad personal de quienes han recibido la responsabilidad de gobernar, pues la corrupción erosiona la confianza de los ciudadanos en sus instituciones (cf. S. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsin. Ecclesia in America, 23 y 60).

Ese esfuerzo común encuentra una de sus expresiones más altas en el servicio a la paz. Los legítimos intereses de cada nación han de defenderse mediante el diálogo, el respeto al derecho y la búsqueda perseverante de acuerdos. América del Sur ha sabido encontrar, en momentos difíciles de su historia, caminos de negociación y entendimiento para superar graves tensiones. Argentina está llamada a preservar esa voluntad de diálogo y contribuir a que siga dando frutos.

A esta responsabilidad común quiere colaborar también la Iglesia. Su presencia en Argentina forma parte de una historia que se extiende por toda América. Durante siglos, la Iglesia ha acompañado a los pueblos del continente anunciando el Evangelio y celebrando la fe, educando, atendiendo a los enfermos, permaneciendo junto a los pobres,

acompañando a las familias y promoviendo la paz y la reconciliación.

Esa misión nace del amor de Cristo, que derramó su sangre por todos, y continúa hoy en las parroquias y comunidades, llamadas a mantener abiertas sus puertas para que cada persona pueda encontrar en ellas acogida y cercanía. Bienvenidos todos (cf. Mt 22,9-10) expresa, en pocas palabras, la invitación universal del Evangelio, que alcanza a cada persona y la llama al encuentro con Cristo y a la conversión. De esa acogida nace también el envío: Vayan y anuncien (cf. Mc 16,15). Ese mandato sigue dando fruto en las escuelas y universidades, en las iniciativas sociales y en el testimonio cotidiano de tantos hombres y mujeres que ponen su fe al servicio de los demás.

Hay bienes que una sociedad necesita y que ninguna política pública puede producir por sí sola. La confianza, el perdón, la disposición a servir y la conciencia de que la propia vida tiene un sentido que supera el éxito o la utilidad se cultivan en la conciencia personal y en la vida de las familias y las comunidades. La fe alimenta y sostiene esos bienes. Por ello, la Iglesia desea permanecer cerca de la nación argentina, vivir la caridad compartiendo sus cargas y sus alegrías y ofrecerle la esperanza que nace del Evangelio.

Al mirar el camino recorrido por esta nación, vuelve la imagen que ha acompañado estas palabras: cada generación recibe una patria que otros han puesto en sus manos. Durante un tiempo le corresponde habitarla, servirla y hacerla crecer. Después deberá

entregarla (cf. Francisco, Carta enc. Laudato si', 159). Sí, como cantaba Gardel, es un soplo la vida, pero perdura el bien que cada generación haya sabido custodiar y transmitir. Y la fe nos invita a mirar todavía más lejos, hacia la felicidad eterna a la que Dios nos llama.

Queridos argentinos: en sus manos descansa hoy una parte importante de esa responsabilidad. El extraordinario patrimonio que poseen les permite mirar el futuro con confianza. Corresponde ahora hacer fructificar cuanto han recibido y mantener vivo aquel propósito de «constituir la unión nacional», proclamado en el Preámbulo de su Constitución. Que quienes vengan después reciban una patria unida, a la altura de su historia y de las posibilidades que encierra.

Mi pensamiento se dirige finalmente a Nuestra Señora de Luján, custodia silenciosa de su memoria. Ante su imagen han acudido, generación tras generación, madres y padres, trabajadores, jóvenes y ancianos de todos los rincones del país, llevando consigo las preocupaciones y las esperanzas de su tiempo. A esas oraciones quiero unir hoy también la mía. Y deseo hacerlo con las palabras que el Papa Francisco pronunció pensando en ustedes: «que el Señor los haga crecer como pueblo» (Videomensaje al pueblo argentino, 30 septiembre 2016). Se lo pido al Señor de corazón, por intercesión de María Santísima de Luján. Que ella siga velando por esta

tierra, cuide de cada uno de sus hijos y los mantenga siempre cerca de Jesús.

Que Dios bendiga a Argentina y a todos sus habitantes. Muchas gracias.

VISITA A LOS TRABAJADORES Y ASISTIDOS DEL "PEQUEÑO COTTOLENGO DON ORIONE DE CLAYPOLE"

Lunes, 9 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Estoy muy contento de poder compartir este encuentro con todos ustedes. Agradezco las amables palabras de Mons. Jorge Lugones, obispo de Lomas de Zamora, y del Hno. Jorge Silanes, director de este centro. Gracias también a Marta y a Norma por sus testimonios. Muchas gracias. Gracias a todos por la música y por recibirme con tanto entusiasmo y alegría.

Hay lugares —como este Hogar—, en los que la caridad no solo se ve expresada en las obras, sino que se reconoce en cada gesto, en cada rostro, en cada sonrisa y, hasta podríamos decir, en el aire que se respira. Eso es el "Pequeño Cottolengo": una comunidad fraterna de puertas abiertas, en la que todo nos habla del amor de Dios.

San Luis Orione, su fundador, quiso que este lugar se conociera como la "ciudad de la caridad" y, para poder construirla, rezó y trabajó durante muchos años, confiando profundamente en la Divina Providencia y movido por el amor a las personas más frágiles de la sociedad, que muchas veces eran ignoradas y abandonadas a su suerte. Al recordar este

deseo del inquieto corazón de padre y pastor de don Orione, vinieron a mi mente tres "ciudades" en las que Jesús también respiró el aire fresco y gratuito de la caridad. Estas tres ciudades son Belén, Nazaret y Betania.

En Belén, que significa "Casa del Pan", Jesús fue recibido, abrigado y alimentado con amor por María y José, y reconocido con cariño y admiración tanto por los sabios como por la gente humilde y sencilla. Podemos decir que, en Belén, se respira el amor a la vida, y ese amor hace que la fría pobreza del entorno se transforme en calor de hogar. Es el lugar que respeta la dignidad de toda persona humana y la valora y acoge como don de Dios.

Años después, otra ciudad, Nazaret, fue el ambiente donde Jesús aprendió a formar parte de una familia y a integrarse en una comunidad, donde fue creciendo «en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2,52), y donde cultivó el valor del trabajo y de la responsabilidad. Es el lugar que no descarta a las personas, sino que las incorpora a la vida social, apreciando y haciendo fructificar sus talentos y capacidades, como nos muestra Marta con su vida y a través del libro que ha escrito.

Finalmente, en la ciudad de Betania, compartiendo el don de la amistad con Marta, María y Lázaro, Jesús experimentó el valor de relaciones humanas auténticas y sinceras, donde no se margina ni abandona a nadie, sino que se acompaña, se escucha y aconseja, se comparten la fe y el servicio, las penas

y las alegrías. En definitiva, Betania es el lugar que ayuda a salir del individualismo, donde uno se siente amado y desea amar a los demás de manera concreta. Lugares así —como nos compartía Norma en su testimonio—, hacen sentir a las personas recibidas, cuidadas y queridas tal cual son.

Como vemos, Jesús vivió en lugares donde respiró el aire de la caridad; allí experimentó el amor de una familia, la integración en una comunidad y la amistad fraterna, compartiendo la vida con sus seres queridos. Me gustaría que esta breve reflexión nos llevara a pensar y a agradecer por tantas "ciudades de la caridad", como este Pequeño Cottolengo, donde el Evangelio sigue vivo y operante, aquí y ahora, en este hermoso país.

A este respecto, me gustaría citar unas palabras de mi Predecesor san Juan Pablo II, cuando dijo, dirigiéndose a un grupo de personas con discapacidad, que el amor de Dios «es el fundamento de nuestra esperanza y el aliento de nuestra vida. Dios nos ha mostrado de un modo insuperable en Jesucristo cuánto ama a cada hombre y cuán inmensa es la dignidad que a través de Él le ha conferido. Precisamente aquellos que deben padecer algún impedimento físico o espiritual, deben reconocerse como amigos de Jesús, como amados especialmente por Él» (Ángelus, Osnabrück, 16 noviembre 1980).

Queridos hermanos y hermanas, han venido hoy a este encuentro numerosos residentes y trabajadores, religiosos y religiosas, familiares y voluntarios que

colaboran en esta gran obra: en sus miradas luminosas puedo ver tanta cercanía, en sus manos abiertas puedo reconocer innumerables gestos de servicio gratuito, en sus corazones generosos puedo percibir mucha ternura y comprensión. Gracias a todos por sus testimonios de entrega y amor al prójimo.

La noble labor que realizan aquí cada día, con tanto cariño, esfuerzo y dedicación, es un sólido cimiento para la construcción de una nueva ciudad: la ciudad de la caridad, de la convivencia y de la paz. Ciertamente, «es una construcción más lenta, menos visible y menos llamativa» que la de otro tipo de ciudades, pero «es a este horizonte de compromiso, a esta obra de esperanza, al que damos el nombre de "civilización del amor"» (Carta enc. Magnifica humanitas, 185).

Los valores de dignidad, integración y amistad fraterna que distinguen a lugares como este, tienen mucho que decir a nuestras sociedades, a menudo llevadas únicamente por la búsqueda del éxito económico o el culto de la apariencia física. Quisiera hoy afirmar que sus vidas no son un peso para la sociedad; son una bendición, porque ustedes pueden ayudarnos a no olvidar cuál es el fundamento de la dignidad de cada ser humano y lo que es realmente importante en la vida. El progreso de una nación también se mide por la acogida que sabe dispensar a todas las personas con discapacidad y necesidades especiales.

En este momento tan particular, quisiera compartir con todos ustedes mi deseo para este país. Que Argentina sea capaz de hacer grandes obras de caridad, como vemos aquí, donde el amor de Cristo triunfe sobre el individualismo y la exclusión. Imagino a miles de jóvenes sumándose como voluntarios a la gran historia de caridad que la fe sincera y sencilla del pueblo argentino ha escrito a lo largo de los siglos. ¡Que en Argentina se fragüe una nueva generación de santos de la caridad! ¿Y por qué no pueden serlo todos ustedes? ¡La caridad de Cristo nos urge! (cf. 2 Co 5,14).

Queridos amigos, sigamos respondiendo con fe y esperanza a la llamada universal a la santidad (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 11). Lo anhelaba también nuestro querido Papa Francisco y, por eso, escribió: «Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra» (Exhort. ap. Gaudete et exsultate, 14). Pongamos los dones recibidos al servicio de los más pequeños y necesitados, cada uno en la medida de sus posibilidades, para que la ciudad de la caridad se consolide, se extienda y logre derribar las fronteras del egoísmo.

Por último, me gustaría hacer notar que aquí, en la capilla de esta comunidad, se encuentra la reliquia del corazón de don Orione, testimonio del vínculo profundo que unió a este santo sacerdote italiano con

la tierra argentina. Su corazón incorrupto continúa recordándonos que "la caridad salvará al mundo", porque «Dios es amor» (1 Jn 4,8) y «el amor no pasará jamás» (1 Co 13,8). El secreto de esa vida entregada por amor lo reveló mi Predecesor san Juan Pablo II en la Homilía de canonización de este incansable apóstol, cuando dijo: «El corazón de este estratega de la caridad "no conoció confines, porque estaba dilatado por la caridad de Cristo" (Escritos, 102, 32). El celo por Cristo fue el alma de su vida intrépida, el impulso interior de un altruismo sin reservas y el manantial siempre fresco de una esperanza indestructible» (Homilía, 16 mayo 2004, 2).

Pidamos al Señor que, así como modeló el corazón de los santos, modele nuestros corazones a semejanza del suyo: ardientes en la caridad, bondadosos en la paciencia y perseverantes en la humildad (cf. Mt 11,29).

Que Dios los bendiga a todos, y derrame abundantes bendiciones también sobre sus familias, bienhechores y demás seres queridos. Los llevo en mi corazón. Muchas gracias.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Ante el "Monumento de los Españoles"

(Buenos Aires)

Lunes, 9 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Con el corazón lleno de alegría celebro con ustedes esta Santa Eucaristía. «Vengan a contemplar las obras del Señor» (Sal 46,9), nos invita hoy el salmista. Mi visita hoy a esta tierra argentina me permite ver en sus rostros el entusiasmo de la fe, que es el gran don del Espíritu en nosotros. La obra más hermosa que nos encomendó el Señor es su Iglesia, visible cada vez que el pueblo de Dios se reúne alrededor de la misma mesa para darle gracias.

La fiesta de la dedicación de la Basílica Lateranense que hoy celebramos nos conduce al corazón de nuestro ser Iglesia. La Basílica de San Juan de Letrán es la sede del Obispo de Roma, el Papa, y en cuanto tal es signo de unidad y de comunión para todas las Iglesias del mundo. Precisamente por este motivo es llamada "Madre de todas las Iglesias".

La maternidad de la Iglesia de Roma se expresa en el servicio de comunión, para que todos los bautizados se reconozcan hermanos y hermanas en la única casa. En la Iglesia todos somos recibidos como «miembros de la familia de Dios [...] edificados sobre los

apóstoles y los profetas, que son los cimientos, mientras que la piedra angular es el mismo Jesucristo. En él, todo el edificio, bien trabado, va creciendo para constituir un templo santo en el Señor» (Ef 2,19-21).

Precisamente la imagen del templo vincula entre ellas las lecturas que hemos escuchado.

Al respecto, el Evangelio nos describe un gesto fuerte del Señor: con un látigo de cuerdas, Jesús echa a los vendedores fuera del templo (cf. Jn 2,15). Él quiere así devolver su verdad a la casa del Padre. Desde siempre, la humanidad es tentada de negociar con Dios. Es la lógica pagana del "dar para tener", la ilusión de poder obtener el favor de Dios ofreciéndole a cambio algo nuestro. Cristo erradica esta mentalidad: Dios es el Padre siempre dispuesto a darnos todo bien. El templo, que es morada de su presencia, vuelve de ese modo a ser casa de oración para todos sus hijos.

De esta casa, según la visión del profeta Ezequiel, sale un río por debajo del umbral hacia el oriente (cf. Ez 47,1). Es una imagen densa de significado: sus aguas sanean todo lo que encuentran, dan vida a la creación y hacen madurar toda especie de árboles, cuyos frutos no se agotan. Las aguas fluyen hacia la región de Arabá. Con este detalle, el texto bíblico indica ese territorio desértico que desciende hacia la gran depresión del Mar Muerto, donde no crece nada, como el mismo nombre lo sugiere. Sin embargo, sus aguas son saneadas: los peces son muy numerosos y todo ser vivo renace. Donde había muerte, ahora hay

vida; donde había enfermedad, ahora hay salud; donde había aridez, ahora hay fecundidad.

El Salmo nos habla de una tierra que tiembla y de montes que vacilan en el fondo del mar. Estas imágenes reflejan la situación de fragilidad y de caos que con frecuencia encontramos en la experiencia humana. También nuestras familias viven a menudo situaciones complejas: la falta de estabilidad, las dificultades sociales, el trabajo precario, la violencia doméstica, las separaciones dolorosas, las adicciones que destruyen el futuro de los jóvenes y deterioran las relaciones familiares. En medio de todos estos sufrimientos y crisis, la Palabra de Dios brilla para nosotros de esperanza: Dios está en medio nuestro, no podemos temer. «El Señor es nuestro refugio y fortaleza, una ayuda siempre pronta en los peligros» (Sal 46,2). Sobre la roca, que es Cristo, nuestras familias y toda la sociedad encuentran el fundamento que sostiene la casa, protegiéndola de las tormentas que se abaten contra ella (cf. Mt 7,24-27).

Al celebrar hoy la dedicación de la Basílica Lateranense, rememoramos el signo de la presencia salvífica de Dios Padre en su Iglesia. Templo del Espíritu y cuerpo místico de Cristo, la Iglesia ofrece el agua viva, Jesús, que sanea y cura nuestras heridas (cf. Jn 4,14). En torno al Señor, en su casa, también nuestras familias encuentran vigor y salud, y no cesan de dar fruto.

Queridos hermanos, Cristo, con su resurrección, ya nos ha hecho espacio en su corazón: ¡reciban esta gracia en sus familias! Con Él y en Él cada familia puede convertirse en semilla de auténtica renovación para este país. La historia, la cultura y la sociedad de Argentina han encontrado en la familia la fuente de la cual tomar los valores fundamentales del pueblo. En su tierra, lugar de encuentro de culturas y de etnias diferentes, la familia ha sido la realidad donde transmitir la fe, las virtudes humanas, la cultura del trabajo, el respeto a los mayores, la defensa de la vida y la fidelidad a la palabra dada. No se resignen a las voces que repiten que la familia cristiana está superada; por el contrario, hoy más que nunca representa un pilar entre las muchas precariedades de nuestra época.

Abran las puertas de sus casas a Cristo: hablen con naturalidad de Jesús a sus hijos, permanezcan unidos a Él. En la intimidad del hogar la fe se transmite junto con la vida por medio de los gestos más sencillos: la bendición antes de comer, una oración antes de ir a dormir, el perdón y la escucha mutua, los abuelos que enseñan a rezar, ir a Misa los domingos, prepararse para hacer un retiro o una peregrinación. La familia es, en efecto, el lugar privilegiado para conocer y encontrar a Cristo. Nuestro amado Papa Francisco, que fue obispo de esta ciudad, lo expresó con pasión: «La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y

convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu» (Exhort. ap. postsin. Amoris laetitia, 29).

Queridas familias, ¡las exhorto a ser protagonistas en la evangelización! La Iglesia argentina las necesita. Sostengan en su misión a los obispos, a los párrocos, a los agentes pastorales, a los catequistas. La vitalidad de esta Iglesia recupera entusiasmo cuando las familias, animadas por la fe, rezan unidas y viven su ministerio de anuncio de la Buena Noticia. Sus familias experimentan así una renovada fecundidad, viviendo la propia misión educativa «como un verdadero ministerio, por medio del cual se transmite e irradia el Evangelio, hasta el punto de que la misma vida de familia se hace itinerario de fe y, en cierto modo, iniciación cristiana y escuela de los seguidores de Cristo» (S. Juan Pablo II, Exhort. ap. Familiaris consortio, 39).

A la Virgen María, Nuestra Señora de Luján, y a su esposo san José encomendamos todas nuestras familias. Precisamente en la Sagrada Familia de Nazaret el Hijo de Dios encontró una casa en el mundo; que Él nos bendiga, para que también nuestras casas sean templo de su presencia.

ENCUENTRO CON EL MUNDO DEL TRABAJO

Universidad Católica Argentina (Buenos Aires)

Lunes, 9 de noviembre de 2026

Queridos amigos:

¡Muy buenas tardes y gracias por su calurosa bienvenida! Tenía un profundo deseo de encontrarme con todos ustedes, representantes del mundo del trabajo en Argentina: trabajadores y empresarios; miembros de los sindicatos y de los movimientos populares; docentes y demás integrantes de la comunidad académica de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Saludo con afecto a su Gran Canciller, el Arzobispo de Buenos Aires, y al Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Social y les agradezco las palabras que me han dirigido, en nombre de todos los aquí presentes. De modo particular, doy las gracias a quienes nos han compartido sus testimonios y sus expresiones artísticas, manifestando la grandeza de Dios en sus vidas.

De la misma forma que la música nos ayuda a elevar el alma a Dios y a trascender lo cotidiano de nuestra vida, el trabajo nos invita a colaborar en la maravillosa y armónica obra del Señor. A este respecto, san Juan Pablo II nos recordaba que «el hombre, creado a imagen de Dios, mediante su trabajo participa en la

obra del Creador, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado» (Carta enc. Laborem exercens, 25). El trabajo, por lo tanto, no es un instrumento de conflicto, sino que contribuye a construir la realidad social mediante la aportación de todos y respetando el orden de la Creación.

Esta convicción sigue siendo actual, por mucho que cambien las circunstancias que nos rodean e incluso la propia estructura del trabajo (cf. Carta enc. Magnifica humanitas, 150). Hoy en día, el trabajo, en su fundamento antropológico y en la dimensión global que lo caracteriza, se enfrenta no solo a los fundamentos de la economía, sino también al reto de la crisis ecológica y al uso irresponsable de los recursos del planeta. Allí donde el dominio de unos pocos es la ley, el trabajo se convierte en explotación de todos los componentes del mundo laboral. A los trabajadores solo se les valora por su eficiencia. Una realidad que adquiere una urgencia sin precedentes a la luz de la perspectiva de la ecología integral formulada por el Papa Francisco, según la cual el trabajo contribuye a la gestión responsable de la creación, en la que el desarrollo técnico debe armonizarse con el respeto a los ritmos de la naturaleza y a los límites de los distintos ecosistemas (cf. Carta enc. Laudato si', 11). Una indicación válida también en este momento de profundos cambios en la estructura del trabajo, en el que parece prevalecer

la razón de unos pocos, olvidando que «no es verdadero progreso aquello que aumenta el bienestar de algunos degradando los ecosistemas, trasladando los costes a las comunidades más vulnerables o poniendo en peligro las condiciones de vida de quienes vendrán después de nosotros» (Carta enc. Magnifica humanitas, 84).

Todo trabajo y todos los componentes del mundo laboral deben tener siempre esta nota distintiva: lo realiza una persona, poniendo en juego todo su potencial, y tiende al pleno desarrollo del que lo ejecuta. Nos encontramos aquí ante el primero y más fundamental de los principios de la Doctrina Social de la Iglesia: el principio de la dignidad de la persona humana. El ser humano es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social y por tanto la economía debe estar al servicio de la persona, y no la persona al servicio de la economía. Esta afirmación puede parecer teórica, pero, por el contrario, constituye un punto central del pensamiento social de la Iglesia, ya desde mi Predecesor León XIII, quien con el fin de fomentar la concordia entre las partes y eliminar los conflictos en el ámbito laboral (cf. Carta enc. Rerum novarum, 15), planteó la necesidad de crear un equilibrio adecuado entre los principios de la economía, la visión de los empresarios y las necesidades del trabajador y de su familia. De ahí que el desempleo sea un auténtico drama en la vida de quien lo padece. Privar a una persona de trabajo no es simplemente negarle un ingreso económico; es herir gravemente su dignidad, anular su capacidad de

aportar a la sociedad y sumergirla en la exclusión social, fragmentando la cohesión del cuerpo social y destruyendo la acción comunitaria finalizada al bien común.

Como nos recordaba el Papa Francisco: «En una sociedad realmente desarrollada el trabajo es una dimensión irrenunciable de la vida social, ya que no sólo es un modo de ganarse el pan, sino también un cauce para el crecimiento personal, para establecer relaciones sanas, para expresarse a sí mismo, para compartir dones, para sentirse corresponsable en el perfeccionamiento del mundo, y en definitiva para vivir como pueblo» (Carta enc. Fratelli tutti, 162). Aquí vemos cómo el principio de la dignidad se vincula directamente con el principio del bien común, definido como el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible, tanto a las asociaciones como a cada uno de sus miembros, el logro más pleno y más fácil de la propia realización. El bien común exige superar el individualismo estéril y el utilitarismo corporativista, promoviendo una cultura del encuentro donde el crecimiento económico se traduzca en verdadero desarrollo humano integral.

Desde la perspectiva cristiana, además, contemplamos el trabajo como un medio de santificación, ya que al realizarlo cumplimos la voluntad del Altísimo. Tal y como leemos en las primeras páginas de la Biblia, «el Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén para que lo cultivara y lo cuidara» (Gn 2,15). Este mandato bíblico

fundamenta el principio del destino universal de los bienes. Si bien la Iglesia reconoce y defiende el derecho a la propiedad privada, este derecho está siempre gravado por una hipoteca social: la tierra y sus frutos han sido dados por Dios para el sustento de toda la humanidad (cf. Francisco, Carta enc. Laudato si', 93). El "cultivar" y "cuidar" implica que no somos dueños absolutos, sino custodios de una herencia que debe compartirse con justicia y equidad, erradicando las asimetrías estructurales que marginan a los más débiles, y tomando en cuenta la responsabilidad hacia las generaciones futuras. Se trata de una situación que afecta a las personas, a las comunidades y a las naciones, y que influye incluso en las relaciones entre Estados, minando la confianza mutua y el sentimiento de pertenencia común a la familia humana de cada pueblo y el deber de los Estados de colaborar en la resolución de los problemas mediante decisiones comunes. Por eso, podemos decir que, ya desde los orígenes de nuestra existencia sobre la tierra, el trabajo forma parte del modo en el que nosotros, los seres humanos, colaboramos con la acción de Dios para perfeccionar el mundo.

Dignidad de la persona, bien común, destino universal de los bienes: estos principios nos hablan de una intrínseca dimensión relacional y confluyen en el principio de solidaridad, que no es un sentimiento superficial de compasión, sino la responsabilidad de cada uno y de cada institución para el bien de todos. En una estructura económica globalizada que tiende a la "cultura del descarte", la solidaridad se convierte

en una fuerza capaz de construir una arquitectura social que pueda redefinir las necesidades del mercado y las relaciones laborales según criterios de justicia y siguiendo la lógica de la reciprocidad. De esta forma, en manos de quien sabe utilizarlos, los talentos se convierten en un modo privilegiado de contribuir a un efectivo bien común que se adapta a los avances tecnológicos, pero sin dejar a nadie atrás. Para el cristiano, esto también significa reconocer que es Dios quien actúa en nosotros, si sabemos admitirlo humildemente.

Es innegable el ingenio con el que este pueblo se ha aplicado al trabajo y ha sabido contribuir al bien común y a desarrollar innovaciones útiles para la sociedad. Por solo mencionar algunos ejemplos, podemos pensar en áreas como la astronomía, el mundo agrícola y la ciencia médica, donde las aportaciones de algunos argentinos han logrado avances significativos. Pensemos también en el trabajo discreto y sacrificado que suponen las tareas del hogar, las horas gratuitas que se ofrecen para dar el mate cocido a los chicos en los barrios, o las largas jornadas que se invierten para poder arar, cultivar y cosechar un campo. Aquí se manifiesta de manera diáfana el principio de subsidiariedad, el cual establece que ni el Estado ni las grandes corporaciones deben absorber las iniciativas y capacidades de las comunidades locales y de las agrupaciones intermedias, sino más bien apoyarlas y potenciarlas. En la tradición del pensamiento social de la Iglesia, el Estado no tiene que hacerlo todo, sino

que tiene la tarea de favorecer la actuación de los cuerpos intermedios: familias, autoridades locales, grupos y movimientos sociales, manteniendo el poder regulador para el bien común y asumiendo las tareas que las agrupaciones inferiores no pueden cumplir. Hoy en día, este principio, que el Papa Pío XI fue el primero en integrar en la doctrina social (cf. Carta enc. Quadragesimo anno, 80), se ha convertido en el marco en el que se desarrolla la acción de los gobiernos y que regula también las formas de integración económica entre los Estados. Al mismo tiempo los movimientos populares, la economía popular y los trabajadores informales —los cartoneros, los campesinos, los artesanos— son expresiones vivas de esta subsidiariedad activa que el Papa Francisco ha defendido en sus discursos a los Movimientos Populares. Ellos no esperan pasivamente la asistencia del Estado; se organizan desde abajo para construir soluciones comunitarias. Con su demanda de inclusión social ellos abogan por esas tres "T": tierra, techo y trabajo, que muchas veces el Papa Francisco indicó como exigencias de la justicia social.

Por eso es estimulante escuchar sus testimonios, queridos amigos, y descubrir cómo Dios ha ido creciendo dentro de ustedes. A través del camino de la humildad nos damos cuenta de que no nos bastamos a nosotros mismos, que necesitamos de los demás y que solo abriéndonos a la colaboración con quienes nos rodean podremos construir, entre todos, un mundo mejor. Al igual que Dios nos ha creado de manera singular, Él cuenta también, de modo

individual, con cada uno de nosotros. Pero, a la vez, nos invita a la comunión, entrando en relación con Él y con los demás. Este es el camino para construir la Argentina unida que deseamos para el futuro, una auténtica "amistad social" en los términos de Fratelli tutti, que supere la polarización dialéctica y configure una arquitectura de la paz fundada en la justicia y el diálogo, a nivel nacional y multilateral.

En el mundo empresarial nos interpela con fuerza la vida del venerable Enrique Shaw, empresario católico que se convirtió al descubrir la belleza del Evangelio, expresado en la Doctrina social de la Iglesia. El futuro beato, con una concepción cristiana del hombre, «entendió que la industria no era sólo un engranaje productivo ni un medio de acumulación de capital, sino una verdadera comunidad de personas llamadas a crecer juntas» (Mensaje a los participantes de la 31ª Conferencia Industrial de Argentina, 8 septiembre 2025). Su pensamiento, que ha sido bien estudiado en esta Universidad, que él mismo contribuyó a fundar, queda expresado con claridad en sus propias palabras: «Es necesario formar empresarios cristianos y darles un estilo de vida: contribuir a un mundo mejor, principalmente mediante la acción de cada empresario cristiano en su propia esfera [...]. Esta es una misión de religión y vida: tratar de santificarnos a través de la profesión y de santificar la profesión» (Notas y apuntes personales, p. 58).

Los empresarios, creadores de puestos de trabajo con su capital, arriesgan tantas veces el propio patrimonio. Porque es imposible crear riqueza en un país sin implicarse personalmente, sin asumir la incerteza que produce el futuro, cuyos parámetros se escapan por completo de nuestro control. Al mismo tiempo, hay que permanecer alerta para huir del riesgo de la avaricia que, como dijo el Papa Francisco, «es una enfermedad del corazón» (Audiencia general, 24 enero 2024). La vocación empresarial es una noble tarea si se orienta por el principio de la función social de la propiedad y del capital. Cuando el beneficio económico se absolutiza como el único criterio de éxito, la empresa se deshumaniza y deviene en una estructura de pecado que genera exclusión. Los empresarios están llamados a subvertir esta lógica tecnocrática mediante una inversión ética que priorice la sostenibilidad ambiental y la dignificación laboral, asumiendo que el éxito financiero debe medirse en clave de bien común (cf. Francisco, Carta enc. Laudato si', 109).

Los sindicatos y agrupaciones de trabajadores tienen aquí un importante campo de crecimiento y desarrollo, implicándose de un modo más directo en conseguir que se respeten las condiciones dignas de los trabajadores. «Las iniciativas surgidas en ese contexto [...] han contribuido de manera decisiva a mejorar la legislación laboral, a proteger a los más vulnerables y a promover condiciones más humanas» (Carta enc. Magnifica humanitas, 155). Su misión es específica: ser instrumento de solidaridad y cohesión;

canales de colaboración entre el trabajador y la empresa. Desde esta perspectiva, el sindicato es una institución indispensable cuando defiende a los que no tienen voz y cuando se resiste a la mercantilización de la fuerza de trabajo. Sin embargo, para mantener esta autoridad moral, el sindicalismo debe mirar permanentemente a las periferias existenciales, integrando y tendiendo puentes hacia los trabajadores precarizados, informales y excluidos del sistema formal, tomando en cuenta las profundas transformaciones que atraviesa el mundo del trabajo.

Los desafíos de la inteligencia artificial y de la automatización desregulada pueden poner en riesgo tantos puestos de trabajo y convertirse en una verdadera amenaza para el adecuado desarrollo humano integral. La técnica debe estar siempre supeditada a la ética; el algoritmo no puede sustituir el discernimiento humano ni el valor intrínseco de la presencialidad y el esfuerzo del trabajador (cf. Francisco, Carta enc. Laudato si', 107). Los poderes públicos deben velar para que esto no suceda. Antes bien, al contrario, «el acceso al trabajo para todos debe seguir siendo un objetivo prioritario de las políticas públicas y de los procesos económicos, criterio de juicio para evaluar la calidad humana de un modelo de desarrollo» (Carta enc. Magnifica humanitas, 154). Es insustituible el compromiso de las autoridades públicas en la promoción de políticas estables, que favorezcan el pleno empleo y la inclusión social bajo un marco ético donde la economía, el mercado y el Estado operen

subsidiariamente en la redistribución justa de las oportunidades.

Dios nos llama a todos a estar atentos a las necesidades de quienes nos rodean, sirviendo a los demás desde nuestro trabajo. Reconocer el rostro del sufriente en las periferias urbanas y rurales es la clave del amor político que propone Fratelli tutti. La fraternidad no es una utopía abstracta, sino una categoría política y teológica que nos obliga a mirarnos como iguales, rompiendo los muros de la indiferencia globalizada (cf. Francisco, Carta enc. Fratelli tutti, 73). No rehuyamos el cotidiano encuentro con Cristo en la tarea de cada día, por banal e insignificante que nos pueda parecer. No hay trabajo pequeño a los ojos de Dios: la grandeza de una obra no reside en lo que se realiza, sino en el amor que se pone en cada gesto, en cada palabra, en cada pensamiento.

Queridos hermanos y hermanas: les dejo como tarea, para este mundo en profundos cambios, los principios que han originado la Doctrina Social de la Iglesia: defender la dignidad del ser humano, promover el bien común, reconocer el destino universal de los bienes, vivir una solidaridad efectiva y una subsidiaridad responsable, para construir juntos la civilización del amor. «Trabajemos con perseverancia, poniendo a Dios en el horizonte de nuestro actuar y al ser humano en el centro de nuestras decisiones» (Carta enc. Magnifica humanitas, 16). Solo así podremos estar seguros de estar transitando el camino en la tierra que Dios ha

diseñado para nosotros en el cielo. Y solo así podremos dar frutos con nuestra labor; frutos que permanezcan hasta la vida eterna (cf. Jn 15,16). Muchas gracias.

ENCUENTRO CON LOS LÍDERES DE LAS COMUNIDADES CRISTIANAS Y DE LAS TRADICIONES RELIGIOSAS

"Palacio San Martín" (Buenos Aires)

Lunes, 9 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, queridos amigos que adoran con nosotros al único Dios, estimados representantes de las diversas tradiciones religiosas:

Me alegra mucho saludarlos durante este Viaje apostólico. Nuestro encuentro se apoya sobre los pilares del diálogo y de la amistad, que fueron fundamentales en la vida del Papa Francisco y que ahora queremos fortalecer construyendo nuevos puentes, es decir, nuevos caminos de colaboración en la sociedad en la que vivimos. También yo estoy aquí entre ustedes como Sucesor del Apóstol Pedro y, mientras con él profeso la fe en Cristo, «Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16), verdadero Dios y verdadero hombre, reconozco la unidad del Bautismo con los hermanos de las confesiones cristianas. Según las enseñanzas del Concilio Vaticano II, deseo reafirmar el vínculo espiritual que une a la Iglesia con el pueblo de Israel (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. Nostra aetate, 4) y el sincero respeto por aquello que de santo y verdadero está presente en las diferentes tradiciones religiosas (cf. ibíd., 2).

La identidad del pueblo argentino se ha ido configurando como un crisol de razas, de culturas y de religiones diferentes, formado por los pueblos originarios y por tantos inmigrantes de distintas partes del mundo que fueron llegando a esta tierra a lo largo de los siglos, trayendo en sus baúles sus sueños y su fe —al principio fueron católicos, evangélicos y judíos, y después muchos más—. Todos ellos, en su diversidad, aprendieron a trabajar juntos, a formar familias y comunidades, a construir colonias y aldeas, «en admirable simbiosis con las tradiciones locales» (S. Juan Pablo II, Homilía, Aeropuerto de Paraná, 9 abril 1987). Así dieron unidad a la nación y llevaron adelante proyectos comunes, sin que las religiones fueran nunca motivo de división, sino punto de encuentro y de compromiso con la sociedad.

También hoy cada uno de nosotros actúa como testigo de un credo, que elegimos vivir haciendo de él una mano tendida para compartir valores culturales y buenas obras. Nuestro intercambio tiene como base la escucha, que hace posible el conocimiento recíproco y nos permite reflexionar juntos sobre un gesto que realizamos cotidianamente. En todas las religiones rezamos, elevando a Dios nuestras voces. Según las respectivas tradiciones, muchas lenguas, cantos y gestos convergen hacia lo alto, casi reuniéndose ante el inefable misterio de nuestra existencia (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. Nostra aetate, 1).

Precisamente esta forma particular de la palabra humana, que es la oración, nos invita a escuchar los unos las voces de los otros, además de las palabras que pronunciamos. Cuando hablamos a Dios somos nosotros mismos quienes tomamos la palabra: la oración expresa, por tanto, lo que somos ante Dios. La dimensión religiosa es como un espejo que refleja nuestro ser, nuestros pensamientos y afectos, nuestros vínculos. Especialmente en la era digital, la oración nos ayuda a vencer las distracciones, encontrando en el silencio el valor de la escucha.

Observando con atención esta experiencia, quisiera considerar hoy con ustedes tres aspectos que emergen de las oraciones sinceras, en las que cobran voz nuestras creencias, a saber: las religiones como guardianas de la dignidad humana, como expresiones de nuestra libertad y como lugares para cultivar la esperanza.

Ante todo, cada religión atestigua que la persona humana es necesidad y deseo: todos nosotros somos anhelo de vida. Nuestros pulmones tienden al aire como la conciencia al bien. Cada día buscamos el agua como la verdad, necesitados de alimento como de justicia. A este respecto, las religiones recuerdan a todos que no estamos hechos solo de materia: en nuestra carne está inscrita una sobreabundancia de vida y de sentido. Ese mismo deseo, que se hace grito y súplica, atestigua por ello que no venimos de la nada y que no estamos hechos para la muerte. De este modo, entonces, las religiones custodian la dignidad

humana: en la oración, que expresa nuestra fe, los ideales de bien y de justicia, de salud y de paz no son palabras vacías, que hay que llenar con intereses particulares, sino testimonios de nuestra voluntad común, que tiende a la alegría. Cada vez que oramos, por tanto, hemos de cuidar de quien vive junto a nosotros, haciendo verdaderas las palabras que pronunciamos con una fraternidad renovada. Mientras alabamos a Dios por el don de la vida, defendámosla siempre y para todos, desde la concepción hasta su fin natural, especialmente cuando se ve amenazada por la miseria y la violencia. Es así como las religiones promueven la dignidad de cada hombre y de cada mujer, en la familia y en el estudio, en el trabajo y en el medioambiente.

En segundo lugar, cuando el hombre habla a Dios sabe que él mismo no es Dios. No hemos hecho nosotros la tierra. Pues bien, ¡no destruyamos con nuestras manos el "jardín" que el Creador nos ha confiado! A este respecto, las religiones, en la medida en que custodian la sabiduría de los pueblos, edifican la sociedad, educan las conciencias y nos liberan de los ídolos. Del ídolo del dominio, porque no somos el Dios de los demás; del ídolo de la vanagloria, porque las cosas que poseemos no nos hacen divinos; del ídolo de la guerra, porque uno solo es el Señor y juez de la historia. Él nos da constantemente la vida y cuida de todos los pueblos: el verdadero nombre de su poder es amor, un amor que no conoce fin. Mientras alabamos a Dios por el don de la salvación, comprometámonos a ser signo de este don para el

mundo. Es así como las religiones expresan de la mejor manera nuestra libertad.

En tercer lugar, cuando el hombre habla a Dios se abre al futuro. ¡Sí, el futuro es el tiempo de la fe! Las religiones son un vínculo entre generaciones, memoria milenaria, profecía, espera y promesa; por eso los creyentes miran siempre al futuro con esperanza. Cuando la luz de la fe atraviesa las tinieblas de la muerte, el futuro de cada hombre y de cada mujer, de la sociedad y del mundo entero recobra la esperanza. Nuestra espera común se vuelve entonces laboriosa, porque esta esperanza nos anima a tejer vínculos de vida buena, que liberan de la soledad y reúnen a los pueblos en la concordia. La misma palabra religión es, a este respecto, elocuente: hace referencia a religare, es decir, conectar entre sí, ligar a las personas unas con otras. Esta relación sostiene nuestro camino en la historia. Por eso, mientras alabamos a Dios por el don de la esperanza, compartámosla tanto con quien sufre en la pobreza como con quien ha perdido el sentido de la vida y con cuantos quieren comprometerse a renovar el mundo según la justicia. Haciéndose oración y anuncio, nuestro lenguaje se vuelve caridad elocuente, que anima toda acción.

Aquí está nuestro servicio a la humanidad: construir un futuro mejor para todos, a la espera del cumplimiento bienaventurado de la historia. Estamos seguros, en efecto, de que cuanto más el hombre se conoce verdaderamente a sí mismo, cuidando de su

propia dignidad, tanto más se acerca a Dios. Es así como cada palabra buena dicha a quien encontramos, cada gesto bueno dirigido a nuestro prójimo sube como oración siempre grata al Autor de la justicia, que invita a todos a la paz. A este respecto, como afirmaba san Juan Pablo II, juntos «queremos mostrar al mundo que el impulso sincero de la oración no lleva a la contraposición y menos aún al desprecio del otro, sino más bien a un diálogo constructivo, en el que cada uno, sin condescender de ningún modo con el relativismo ni con el sincretismo, toma mayor conciencia del deber del testimonio y del anuncio» (Discurso a los representantes de las diversas religiones del mundo, Asís, 24 enero 2002). Estas palabras, pronunciadas en Asís en una jornada de oración por la paz, siguen siendo muy urgentes: hoy se convierten en motivo de gratitud por el compromiso de todos nosotros y en fuente de aliento para el camino de cada uno. Queridos hermanos, que cada día sea tiempo de oración, a fin de que la vida de todos refleje aquella dignidad y aquel bien que recibimos de Dios para compartir entre nosotros.

Hagamos nuestra la oración que nos ha dejado mi Predecesor el Papa Francisco y que nos compromete a hacer el bien:

«Señor y Padre de la humanidad, que creaste a todos los seres humanos con la misma dignidad, infunde en nuestros corazones un espíritu fraternal.

Inspíranos un sueño de reencuentro, de diálogo, de justicia y de paz.

Impúlsanos a crear sociedades más sanas y un mundo más digno, sin hambre, sin pobreza, sin violencia, sin guerras.

Que nuestro corazón se abra a todos los pueblos y naciones de la tierra, para reconocer el bien y la belleza que sembraste en cada uno, para estrechar lazos de unidad, de proyectos comunes, de esperanzas compartidas. Amén»

(Carta enc. Fratelli tutti, 287).

Que el Omnipotente bendiga nuestra pasión por la humanidad e inspire nuestro compromiso de paz: esa paz que se cumplirá para siempre en el nombre santo de Dios. Gracias.

CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS CON EL EPISCOPADO ARGENTINO Y LOS EQUIPOS SINODALES

Catedral Metropolitana de la Santísima Trinidad
(Buenos Aires)

Lunes, 9 de noviembre de 2026

Eminencias, Excelencias, queridos miembros de los Equipos sinodales, hermanos y hermanas todos en Cristo Jesús:

Quisiera que en este momento de oración recorramos juntos, con nuestro pensamiento, las distintas regiones de este hermoso país. En cada una de sus provincias, nuestra fe ha echado raíces en pueblos y culturas diversas, dando lugar a expresiones propias de la vida cristiana, sin perder la unidad que nace de Cristo. Pensemos en el noroeste, en su fe sencilla y sus hondas devociones. Vayamos al litoral, con sus grandes ríos y sus campos sembrados de futuro. Crucemos al noreste, para asombrarnos de sus maravillosas cataratas y sus extensos yerbatales, que distinguen las costumbres de todo el Cono Sur. Acerquémonos a la región de Cuyo, donde las viñas dan alegría al corazón del hombre. Pasemos por las pampas y valoremos la sabiduría de quienes trabajan la tierra. Subamos a las sierras y, desde lo alto, apreciemos los dones de la creación. Vayamos al sur, donde el frío y los desiertos no impiden la cálida acogida de la fe.

En esta variedad geográfica y cultural encontramos una presencia maternal que acompaña a sus habitantes y hacia la cual el pueblo expresa su cariño en marchas y peregrinaciones, en caminos de fe y de promesas recorridos a pie o a caballo, en poemas, oraciones y cantos que se elevan en honor de su nombre. Hablo de la Inmaculada Virgen María, a quien este pueblo venera bajo distintas advocaciones: la Santísima Virgen del Milagro, Nuestra Señora del Valle, la Virgen del Rosario, María de Itatí, Nuestra Señora de Luján. Ella, que permaneció unida a los apóstoles en la oración, acompaña también hoy a la Iglesia que anuncia a su Hijo (cf. Hch 1,14). En cada rincón de esta tierra mariana, desde las grandes ciudades hasta los pueblos más pequeños, hay hermanos que esperan conocer la Buena Noticia del Evangelio. Por eso, cobra especial sentido el lema de este Viaje Apostólico: Bienvenidos todos. ¡Vayan y anuncien!

Habiendo recorrido el país con nuestra imaginación y renovado nuestro deseo de salir a evangelizar, volvamos ahora nuestra mirada a esta Catedral, donde nos encontramos reunidos. Es providencial poder celebrar las segundas Vísperas de la dedicación de San Juan de Letrán, «madre y cabeza de todas las Iglesias de la Urbe y del Orbe», en esta espléndida Catedral de la Santísima Trinidad, Iglesia madre de Buenos Aires donde descansan, además, los restos del general José Francisco de San Martín, Padre de la Patria.

La fiesta de la dedicación de la Basílica Lateranense nos invita a contemplar el misterio de la Iglesia, edificada sobre Cristo, piedra angular, en la que todos nosotros, como piedras vivas, estamos llamados a formar una morada espiritual (cf. 1 P 2,4-5). La condición de San Juan de Letrán como Catedral del obispo de Roma confiere a esta celebración un particular significado de comunión con la sede de Pedro, y ese vínculo se hace especialmente cercano al celebrarla en esta Catedral, cuya cátedra ocupó nuestro querido Papa Francisco antes de ser llamado a apacentar a la Iglesia universal. Es también una invitación a todos los fieles a vivir la unidad de fe y de amor, y a reconocer que, por el bautismo, cada uno ha recibido dones que debe poner al servicio de toda la Iglesia.

Esta comunión, que tiene su fuente en el misterio de la Santísima Trinidad, une a los obispos entre sí y con el Sucesor de Pedro, y se manifiesta también en cada Iglesia particular, donde el obispo, junto con su presbiterio y los fieles que le han sido confiados, está llamado a preservar la unidad en la fe y en la caridad (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 23).

Al respecto, quisiera destacar el testimonio de insignes obispos argentinos, que supieron trabajar por la unidad y la paz, como los beatos Mamerto Esquiú, Enrique Angelelli y Eduardo Pironio. «Sus vidas muestran cómo una misma misión puede tomar formas diversas según los tiempos y las circunstancias

y forman una escuela de pastores nacida de nuestra historia eclesial. Los santos siguen formando santos (cf. Hb 13,7)» (Carta a los obispos latinoamericanos y del Caribe, 8 septiembre 2026).

La Iglesia, fundada por Jesucristo, es, en Él, «como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 1). Esta unidad, que recibimos como un don, nos compromete también a reconciliarnos. El relieve del frontispicio de esta Catedral, que representa el reencuentro de José con su padre Jacob y sus hermanos, nos recuerda cómo Dios abre caminos de vida incluso allí donde los hombres han sembrado división. José, que había sufrido a causa de sus hermanos, los perdona y llega a ser instrumento de salvación para aquellos que lo habían dañado. Él mismo reconoce la acción providente de Dios en medio de aquella historia dolorosa: «Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo dispuso para bien» (Gn 50,20). La reconciliación exige reconocer las heridas, renunciar al resentimiento y dejar que la gracia de Dios transforme las relaciones entre nosotros. Nuestra misión pastoral consiste en trabajar incansablemente para que todos los hombres, los que están cerca y los que están lejos, conozcan a Cristo y puedan reconocerse como hermanos.

La diversidad de esta tierra se manifiesta también en sus Iglesias particulares, cada una con sus tradiciones y expresiones pastorales propias. En todas ellas

«verdaderamente está presente y obra la Iglesia de Cristo» (S. Pablo VI, Decreto Christus Dominus, 11). Esta diversidad encuentra su unidad en la misma fe, en los Sacramentos y en la comunión eclesial. Todas participan de la misión de la Iglesia, para que la alegría del Evangelio llegue a todos. Por eso, custodiemos la comunión, acogiendo con caridad nuestras legítimas diferencias y cultivando la fraternidad, para que nuestra unidad haga visible el amor de Cristo y ayude a muchos a encontrarlo.

Queridos obispos, como les escribí recientemente, «entre las muchas responsabilidades que ocupan nuestra jornada, hemos sido enviados para anunciar la Buena Nueva» (Carta a los obispos latinoamericanos y del Caribe, 8 septiembre 2026). Que el anuncio de Jesucristo siga siendo, por tanto, el centro de toda nuestra acción pastoral. Sigamos promoviendo la formación de los agentes pastorales, el primer anuncio y la catequesis, la liturgia y la caridad. Es necesario que trabajemos unidos para fomentar las vocaciones sacerdotales y religiosas, acompañar a las familias y atender a quienes viven en la pobreza, carecen de empleo o no tienen una vivienda digna. «¡La caridad de Cristo nos urge!» (2 Co 5,14).

La solicitud maternal de la Iglesia encuentra un hermoso ejemplo en María, que en las bodas de Caná advirtió la necesidad de aquellos esposos y acudió a Jesús para presentársela, invitando después a los servidores a obedecer su palabra (cf. Jn 2,3-5). Esa

misma solicitud ha de manifestarse en el ministerio de los pastores, llamados a discernir las realidades humanas a la luz del Evangelio, escuchando y conociendo las circunstancias concretas de quienes les han sido confiados: las personas desempleadas, los jóvenes que se ven forzados a emigrar, los ancianos que viven en el abandono y las comunidades marginadas; también quienes, aun teniendo cubiertas sus necesidades materiales, experimentan una honda necesidad de Dios, de sentido y de esperanza. Tantos rostros nos interpelan y nos llaman a compartir las alegrías y los sufrimientos de nuestro pueblo, respondiendo con la cercanía y las obras que exige el Evangelio ante las situaciones que reclaman nuestra ayuda.

Queridos hermanos, sostengan las iniciativas que benefician a las personas confiadas a su cuidado pastoral. Alégrense por cuanto favorece la vida de su pueblo: el trabajo honrado, la atención a los más necesitados y las instituciones que sirven con responsabilidad al bien común. Acompañen también a quienes, desde la Iglesia o la sociedad civil, trabajan por el desarrollo integral de cada persona. Mientras aguardamos aquella Jerusalén celestial que hemos contemplado en la lectura breve, la esperanza de los bienes eternos nos anima a buscar la justicia y a cultivar la fraternidad en esta tierra (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes, 39).

Quisiera alentarlos a que, con sus Equipos sinodales, continúen escuchándose y discerniendo juntos, como condiscípulos del único Maestro, lo que el Espíritu Santo les pide, a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia, para servir a la Argentina de hoy. Que Él los ilumine y fortalezca para traducir en decisiones concretas el respeto a la dignidad de cada persona y el compromiso con el destino universal de los bienes, la opción preferencial por los pobres y el cuidado de la creación (cf. Carta enc. Magnifica humanitas, 14).

El Papa Francisco, al visitar el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida, y recordando su experiencia en la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe, dijo que había podido ver en primera persona «cómo los obispos —que trabajaban sobre el tema del encuentro con Cristo, el discipulado y la misión— se sentían alentados, acompañados y en cierto sentido inspirados por los miles de peregrinos que acudían cada día a confiar su vida a la Virgen» (Homilía, Aparecida, 24 julio 2013). Quisiera, a este respecto, animarlos a continuar trabajando en base a las enseñanzas del Documento de Aparecida, como una estela luminosa para seguir caminando juntos en este tiempo.

Queridos hermanos, María, Madre de Cristo y Madre nuestra, es, por antonomasia, la morada de Dios entre los hombres, pues en su seno acogió al Verbo eterno que se hizo carne. En Ella, imagen e inicio de la Iglesia que alcanzará su plenitud en la gloria, contemplamos

anticipadamente el gozo que nos ha sido prometido, cuando Dios habite para siempre con su pueblo en la Jerusalén celestial (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 68). De Ella aprendemos la atención a la voluntad de Dios y la obediencia a su Palabra, así como la solicitud para captar las necesidades de sus hijos (cf. S. Pablo VI, Exhort. ap. Marialis cultus, 21). Con Ella deseamos habitar un día en aquella ciudad santa, en la que nada impuro tendrá cabida (cf. Ap 21,27).

Confiémosle a Ella nuestras preocupaciones y anhelos, nuestro ministerio y nuestra misión pastoral, y pidámosle que, como hizo en las bodas de Caná, interceda ante su Hijo para que Él nos conceda lo que nos hace falta, especialmente la gracia de una conversión constante, que purifique nuestros corazones y nos disponga para participar de la alegría eterna de su Reino. Que así sea.

SANTA MISA EN LA EXPLANADA DE LA ESCUELA DE AVIACIÓN MILITAR (CÓRDOBA)

Martes, 10 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

La confesión de Pedro, que a lo largo de la historia resuena en sus sucesores, nos manifiesta el misterio de Dios revelado en Cristo para nuestra salvación. Un mensaje de salvación que sigue siendo actual y que se apoya en la intercesión de tantos hermanos nuestros en la fe, que ahora nos acompañan desde el cielo. No en vano, la tierra que ahora nos acoge ha sido rica en frutos de santidad; el ejemplo de quienes nos han precedido en este camino nos sigue interpelando a vivir como ellos vivieron y a entregar la vida, como Cristo ha hecho por nosotros y ellos supieron imitar con perfección.

La ciudad de Córdoba, heredera natural de la primera sede episcopal erigida en Argentina, ha sido tierra de santos. Por sus conventos e iglesias, por sus calles y hospitales transitaron hombres y mujeres que, enamorados de Jesús, dieron la vida por el Evangelio. En Argentina vivieron hombres y mujeres, como el Cura Brochero y Mama Antula —por poner solo dos ejemplos—, que fueron llamados por el Señor y enviados a la misión, sin que ellos mismos fueran siquiera conscientes de lo extraordinario que su labor evangelizadora llegaría a ser; porque todos los

cristianos somos simples servidores, no hemos de hacer más que cumplir con nuestro deber (cf. Lc 17,10).

Gozoso deber, pues, el de cumplir con la misión que el Señor nos encomienda a cada uno de nosotros. Sí, queridos hermanos y hermanas. Estamos todos llamados a la santidad; en eso consiste nuestra labor en la tierra, en alcanzar la perfecta unión con Dios. Una llamada que, además, siempre es misionera: tenemos que dar a conocer a los demás la belleza que nosotros hemos conocido en Cristo (contemplata aliis tradere). Como cristianos, debemos «enseñar todo lo que es conforme a la sana doctrina» (Tt 2,1). En este sentido, hago mía ahora también esta exhortación de san León Magno, cuya memoria litúrgica hoy celebramos y a cuya protección me encomiendo: «Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, pues participas de la divina naturaleza, y no quieras volver a la antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Ten presente que habiendo sido arrancado del poder de las tinieblas has sido transportado a la luz y al reino de Dios» (Sermón I en la Natividad del Señor, PL 54, 192-193).

No hay mejor modo de enseñar que dando ejemplo con la propia vida, pues «el mundo espera de nosotros un compromiso de vida y un testimonio de oración» (S. Juan Pablo II, Homilía, Estadio "Vélez Sarsfield" de Buenos Aires, 10 abril 1987). Esto exige una adhesión total a Jesucristo, sin fisuras. Este es el

testimonio de los santos y es algo que nos hace vivir con esperanza, aún en medio de la dificultad.

Hoy, desde Córdoba, centro geográfico del país, queremos dar gracias a Dios por los diversos frutos de santidad de personas enviadas por el Señor a esta tierra argentina, que nacieron en ella o que aquí vivieron gran parte de su vida. Así como las sierras cordobesas se distinguen por la belleza y variedad armoniosa de sus formas y tonalidades, también los santos y beatos se caracterizan por haber recibido carismas y misiones diferentes. Son una muestra polifónica de la vocación universal de todo bautizado a la santidad, es decir, a la conformación con Cristo. En el rostro de los santos con acento argentino destaca la unidad entre pasión por el Evangelio y compromiso en la construcción de una patria fraterna y solidaria. Todos ellos supieron asumir los desafíos del propio tiempo histórico y lo transformaron en oportunidad de anuncio de la Buena Noticia, no en abstracto sino conformando su vida para lograr ser testimonio creíble y eficaz del amor de Cristo.

Hagamos memoria agradecida, en primer lugar, de san José Gabriel del Rosario Brochero. Este sacerdote fue un verdadero enamorado del Señor, que supo encontrar en la oración la fortaleza de su vida. Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola cambiaron su existencia para siempre y la configuraron con Cristo, haciendo realidad lo que hemos rezado con el salmo responsorial: «Confía en el Señor y practica el bien» (Sal 36,3). Solo quien ha

conocido la amistad con Jesucristo es capaz de emprender esa tarea apostólica; solo quien se sabe amado por el Señor es capaz de extender su reino de caridad y justicia, gastando las propias fuerzas en el anuncio del Evangelio, sin más armas que el crucifijo y el santo rosario.

También cautivada por la espiritualidad ignaciana, María Antonia de Paz y Figueroa supo aunar la contemplación con el auxilio al prójimo. Ella reconoció que el mejor ejercicio de caridad para con el otro es acercarle a Dios. Como nos recordaba Francisco, mi venerado Predecesor, los pobres tienen necesidad de Dios y de gente que exprese con su vida la fuerza del amor cristiano (cf. Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres, 13 junio 2019, 8). Interpelada por la misma inspiración, Mama Antula recorrió incansablemente el suelo de esta patria para mostrar a tantas personas el camino hacia el cielo. De hecho, su máxima fue la de andar hasta donde Dios no es conocido, para darlo a conocer.

Dos santos, dos ejemplos, dos formas de identificarse con Cristo, que Él mismo hizo surgir en esta región, desde la cual hoy le damos culto.

Junto con ellos, damos gracias a Dios también por los mártires, que confesaron su fe hasta entregar su propia vida, como san Héctor Valdivielso Sáez y los beatos martirizados en la Guerra civil española y en las provincias argentinas de La Rioja y de Salta.

Agradecemos al Señor el regalo que ha hecho a la Iglesia dándole pastores según su corazón, como los beatos Fray Mamerto Esquiú y el Cardenal Eduardo Pironio.

Una nota especial de gratitud la dedicamos a la vida consagrada, con fundadoras de congregaciones, como santa Nazaria Ignacia y las beatas María del Tránsito Cabanillas y Catalina de María Rodríguez; y otras tantas religiosas dedicadas con ardiente caridad a la educación de los niños y a la atención de los enfermos, como las beatas María Ludovica de Angelis y Crescencia Pérez.

Además, el Pueblo fiel de Dios se alegra por los seglares que, habiendo recibido el anuncio del Evangelio, vivieron la vocación bautismal en plenitud, amando a Dios y a los hermanos en la sencillez de lo cotidiano, como san Artémides Zatti y los beatos Ceferino Namuncurá y Laura Vicuña.

Queridos hermanos y hermanas, todos estos santos y beatos ya han cumplido su misión en la tierra. Hoy nos toca a nosotros seguir la luminosa estela de santidad que nos han dejado. Celebramos esta Santa Misa por la santificación del pueblo argentino, por la santificación de todos ustedes. Abran sus corazones y, con la gracia de Dios, ¡vayan y sean santos! (cf. 1 Ts 4,3): en la escuela y en la plaza, en la familia y con los amigos, en el campo y en la ciudad, en el tambo y en la oficina. ¡Vayan y evangelicen!

En esta celebración nos preside la imagen del Cristo pobre, que el propio Cura Brochero mandó tallar desde el lecho del dolor y en cuyo rostro han quedado plasmados artísticamente los rasgos de este pueblo. Dejémonos interpelar por su mirada y, a la sombra de su cruz, encontraremos la salvación y la vida, el camino para nuestra propia santificación. Pido a Dios, por intercesión de san León Magno, que nos continúe bendiciendo y nos dé la gracia de confesar siempre: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16).

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES, LOS DIÁCONOS, LOS RELIGIOSOS Y LAS RELIGIOSAS, LOS SEMINARISTAS Y LOS AGENTES PASTORALES

Catedral de Nuestra Señora de la Asunción
(Córdoba)

Martes, 10 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas todos en Cristo Jesús:

Quisiera comenzar agradeciendo al Cardenal Rossi sus palabras, también a quienes han compartido sus testimonios y a todos por el cariño con el que me han recibido. Me alegra mucho encontrarme hoy con ustedes. Ustedes de la vida consagrada, seminaristas, sacerdotes, todos los bautizados que han entregado la vida al servicio del Señor y de su pueblo.

Durante este último canto muchos de ustedes estaban con las manos en el aire; quizás para saludarme, quizás para acompañar el canto. Estas son las manos que Jesús está buscando y quiere sus manos para continuar su misión.

Mientras preparaba estas palabras, vinieron a mi memoria los Ejercicios Espirituales, tan presentes en la historia de esta tierra. Ha sido una feliz coincidencia escuchar a la Hna. María Elisabeth evocar una de sus contemplaciones. Cuando su práctica corría el riesgo

de perderse, Mama Antula recorrió enormes distancias para mantenerlos al alcance de todos. Décadas después, el santo Cura Brochero hizo de ellos una pieza central de su ministerio, atravesando las sierras junto a sus paisanos hasta esta ciudad, para que pudieran encontrarse personalmente con Dios. Y recientemente, un jesuita argentino, el Papa Francisco, llevó consigo la riqueza de la espiritualidad ignaciana y la compartió con la Iglesia universal.

También hoy sacerdotes, seminaristas, familias religiosas y laicos se retiran para guardar silencio y volver a preguntarse delante de Dios qué quiere Él de sus vidas. Quisiera, por eso, dejar que algunas de las preguntas de los Ejercicios nos acompañen esta tarde. San Ignacio comienza con el Principio y fundamento (cf. n. 23). Así, la primera pregunta es esta: ¿para qué estamos aquí? Antes de cualquier responsabilidad, ministerio o tarea, hubo una llamada. Cristo pasó un día por nuestra vida, nos llamó y comprendimos que valía la pena seguirlo. Todo lo que vendría después debería seguir naciendo de aquel primer sí.

Con los años puede ocurrir algo paradójico: trabajar mucho para Dios y pasar cada vez menos tiempo con Dios. Seguimos sirviendo, celebrando y atendiendo tantas tareas necesarias, pero podemos terminar apoyándonos más en lo que hacemos que en Aquel por quien lo hacemos. El Principio y fundamento vuelve entonces a poner cada cosa en su sitio: nuestra vida pertenece a Dios y solo encuentra su orden cuando todo lo demás lo tiene a Él como centro.

Volvamos, pues, con sencillez a la Eucaristía, a la escucha de la Palabra, a ese trato con el Señor que sostiene todo lo demás. Cuidemos ese fuego que un día encendió nuestra vocación y no permitamos que las urgencias, el cansancio o la rutina terminen por apagarlo.

Luego, durante los Ejercicios, nos encontramos con preguntas que no podemos eludir: ¿qué se ha ido desordenando en nosotros?, ¿en qué le hemos fallado a Dios? (cf. nn. 32-43). Después de pocos o muchos años de haberle dicho sí al Maestro, podríamos acostumbrarnos a cosas que antes nos habrían inquietado: dureza con los demás, resistencia a dejarnos corregir, rivalidades, afectos, pecados o apegos que nos van quitando libertad. Puede suceder incluso algo más grave: que aprendamos a justificarlo todo, encontrando "razones pastorales", comunitarias o personales para aquello que sabemos que no está bien.

Fallamos también cuando no hacemos el bien que nos correspondía: cuando ya no escuchamos con paciencia, cuando elegimos la comodidad o cuando callamos ante algo que deberíamos afrontar. No existe una edad en la que se pueda prescindir de la conversión. Necesitamos examinar la conciencia, acudir a la confesión y conservar la humildad de dejarnos corregir. Queridos hermanos y hermanas, tengamos el valor de reconocer con claridad en qué no le hemos sido fieles a Dios y de ponerlo delante de su misericordia.

Y precisamente solo después de haber mirado de frente el propio pecado, san Ignacio nos coloca delante de Cristo, el Rey eternal (cf. nn. 91-98), que sigue llamando y sigue enviando. El Señor sabía de qué barro estábamos hechos, y aun así quiso contar con nosotros (cf. 2 Co 4,7). La pregunta, por tanto, no es cuánto le hemos fallado, sino si seguimos disponibles para Él. En los albores de la vocación solemos ofrecerlo todo. Después pasan los años, y llegan las preferencias, los lugares donde uno se siente cómodo y una cierta idea de cómo debería continuar la propia historia. ¿Puede todavía el Señor enviarnos donde no habíamos pensado? ¿Puede pedirnos que dejemos algo a lo que hemos entregado años o que aceptemos una tarea que nunca habríamos elegido?

Esa libertad es la que se va purificando en las meditaciones de Dos banderas, de los Tres binarios y de la elección (cf. nn. 136-189): aprender a reconocer qué nos ata, qué condiciona nuestras decisiones y hasta dónde estamos dispuestos a dejar que Dios obre en nuestra vida. En efecto, hemos sido enviados a un pueblo y debemos preguntarnos qué estamos llamados a ofrecerle. Queridos seminaristas, aprendan a mirar con los ojos de Dios y a dejarse evangelizar por su pueblo. Quien menos tiene también puede enseñarnos mucho, como descubrió Julián en Misa.

La Iglesia que peregrina en Argentina cuenta con la riqueza de una sensibilidad muy viva hacia las necesidades sociales de sus hijos. De ella han nacido

tantas presencias generosas junto a quienes sufren. Pero esa cercanía debe llevarnos todavía más lejos, porque cada persona a la que servimos está llamada a encontrarse con Cristo y a ser transformada por Él. El Papa Francisco lo expresó con palabras que merecen ser recordadas: «la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 200).

El hambre y las injusticias apremian y reclaman una respuesta. También la enfermedad, la soledad, la falta de trabajo o de una vivienda digna. La caridad cristiana se compromete seriamente con todo ello. Sin olvidar que quien sufre necesita recibir de nosotros el mayor don que la Iglesia posee: Jesucristo. Mi querido Predecesor lo manifestó con particular claridad: «la Iglesia no es un negocio, no es una agencia humanitaria, la Iglesia no es una ONG; la Iglesia está enviada a llevar a todos a Cristo y su Evangelio. [...] Si por hipótesis una vez sucediera que la Iglesia no lleva a Jesús, esa sería una Iglesia muerta» (Catequesis, 23 octubre 2013). ¡Qué grande es, entonces, nuestra vocación! Ser portadores de la presencia de Cristo, hacer posible el encuentro con Él por la Palabra, los sacramentos y una cercanía que ayude a reconocer su presencia en la propia vida. El pueblo que les ha sido confiado ansía recibir de ustedes aquello que la Iglesia lleva siglos custodiando para él.

Después de la elección, los Ejercicios conducen al ejercitante a permanecer junto a Cristo en su Pasión

(cf. nn.190-217). Quien ha elegido seguir al Señor aprende entonces a estar con Él cuando ese seguimiento pasa por la cruz (cf. Lc 9,23). También nuestra vocación conoce esas horas: cuando el fruto no se ve, cuando servir cuesta y cuando la fidelidad ya no recibe el apoyo del entusiasmo de los primeros años. Muchos de ustedes conocen bien esa forma de fidelidad fatigosa: continuar rezando cuando la oración se vuelve árida y seguir sirviendo cuando por más que se trabaja parece que nada cambia. Hay etapas en la vida sacerdotal y consagrada en las que permanecer es ya una forma muy concreta de entrega. Aun con interrogantes y cansancio, uno sigue diciendo con su vida: "aquí estoy".

San Héctor Valdivielso, el primer santo argentino, es modelo de esa fidelidad. Tenía apenas veinticuatro años y acababa de concluir sus Ejercicios Espirituales anuales cuando aquello que apenas había puesto delante de Dios tuvo que sostenerlo en la prueba. La oración se hizo entonces testimonio, y el testimonio llegó hasta derramar su sangre.

Hay también otras formas de dar testimonio, perseverando en medio del sufrimiento. Laura y el padre Martín me han hecho pensar en mi reciente hospitalización y también recordar al Cura Brochero que, ciego y enfermo de lepra, seguía sirviendo a su pueblo. En nuestros días, la idea de servirse de la tecnología para continuar dando testimonio es maravillosa; sean creativos y encuentren nuevos modos de seguir predicando. Queridos amigos,

recuerden, lo que evangeliza es la manera de vivir nuestra vocación. Ni la edad ni las limitaciones del cuerpo pueden apagar el celo: nuestras fuerzas pueden agotarse, pero jamás el poder de Dios.

Y ese poder se revela en la Resurrección del Señor. San Ignacio conduce al ejercitante hacia el Resucitado y le pide contemplar cómo Cristo ejerce el «oficio de consolar» (n. 224). Allí nos enseña a descubrir dónde está actuando el Maestro y a recibir de Él fuerza para volver a la misión. También la Iglesia que peregrina en Argentina necesita mirarse a sí misma, reconociendo con gratitud lo que Dios ya está suscitando en ella y preguntándose por dónde quiere Él abrir nuevos caminos. El Resucitado ya está allí, y nos precede (cf. Mt 28,7).

Al final de los Ejercicios, la Contemplación para alcanzar amor invita a reflexionar sobre cuánto hemos recibido de Dios (cf. nn. 230-237). Y ante tanto don, san Ignacio propone como respuesta: «Toma, Señor, y recibe...» (n. 234). El itinerario del retiro termina donde todo inició: en una vida puesta nuevamente a disposición de Dios, con sus posibilidades y también con sus límites. Tal vez la pregunta a la que tratemos de responder hoy sea: ¿puede todavía el Señor disponer de mí? Y si la respuesta sigue siendo "sí", entonces hay mucho por delante. ¡No bajemos los brazos! Jesús sigue caminando con su Iglesia y haciendo fecunda la vida de quienes se ponen en sus manos.

Argentina conoce bien lo que Dios puede hacer con una vida disponible. Mama Antula llegó a Buenos Aires descalza y solo con un crucifijo: llevaba poco, pero era lo necesario para empezar. Brochero siguió predicando, aunque muchas veces únicamente Dios y su mula fueran testigos del cansancio. El beato Ceferino murió antes de cumplir diecinueve años; no tuvo tiempo de envejecer, pero sí de dejar muy claro para quién quería vivir. Dios sigue derramando su gracia y quiere contar con ustedes para hacerla llegar desde La Quiaca hasta Ushuaia, y hasta el último rincón de la tierra (cf. Mc 16,15).

¡Atrévanse a mirar a la Argentina con los ojos de Dios! Sueñen con jóvenes preguntándose si Cristo los llama; con parroquias que sean comunidades vivas de fe; con familias religiosas que tengan la audacia de sus fundadores; con seminarios y noviciados donde se formen santos... ¡Sueñen con una Iglesia que siga haciendo lío, como les pidió su paisano Francisco! (cf. Encuentro con los jóvenes argentinos, Río de Janeiro, 25 julio 2013). Un lío que la lleve a todos los rincones y haga resonar por doquier el Evangelio de Jesucristo.

Queridos hermanos y hermanas, si algo nos enseñan los Ejercicios es que después de mirar la propia vida delante de Dios hay que volver a ella distintos. Volvamos a nuestras comunidades con esperanza, con libertad y con ganas de seguir sirviendo. Quizá nosotros no veremos todo lo que Dios hará con lo que hoy sembramos; tampoco lo vieron los que nos

precedieron, pero sin su entrega hoy no estaríamos aquí.

Que Dios encuentre en nosotros hombres y mujeres dispuestos a seguirlo y a ser modelados por su amor. Gente que no "afloje" hasta llegar a la santidad. El Señor ha hecho cosas grandes en esta tierra y estoy convencido de que todavía hará muchas más. Que Nuestra Señora de Luján acompañe este camino y nos ayude a decirle al Señor, con la vida, que puede seguir contando con nosotros. Muchas gracias.

VIGILIA CON LOS JÓVENES

"Monumento de los Españoles" (Buenos Aires)

Martes, 10 de noviembre de 2026

Agustina Flores: *Santo Padre, ¿cómo afrontar la frustración y nuestros límites cuando salimos al encuentro de los más excluidos y no logramos acompañarlos como quisiéramos? ¿Cómo seguir caminando junto a ellos cuando sentimos que lo que hacemos no alcanza?*

Antes de todo, muy buenas noches y gracias. ¡Qué maravillosa acogida! Una bienvenida que quizás solo Argentina pueda dar. ¡Gracias!.

Agustina, gracias por tu pregunta y por el cariño con que acompañas a esos chicos. Comprendo lo que sientes, sé que es duro, pero no pierdas la esperanza. San Ignacio de Loyola decía: «Actúa como si todo dependiera de ti, sabiendo que en realidad todo depende de Dios» (cf. P. de Ribadeneira, Vida de S. Ignacio: V, XI). Tú haz cuanto puedas, pon todo tu corazón y suma tus esfuerzos a los de los demás. Y cuando llegues al límite de tus fuerzas, recuerda que las de Dios no se agotan. Jesús nos hablaba de una semilla que crece mientras el sembrador duerme (cf. Mc 4,26-27). No siempre veremos los frutos de lo que sembramos, pero podemos confiar en que Dios sigue cuidando de ellos. Así que conserva las palabras de

santa Nazaria: «¡Adelante, siempre adelante!». ¡El Señor camina contigo!

Franco Pugliese: *Santo Padre, ¿cómo puedo hacer para integrar ambas realidades, el amor que vivo en la parroquia y en el hogar, junto con las responsabilidades laborales y otras demandas del día a día?*

Quiero agradecer personalmente los testimonios y las preguntas. Y aprovecho este momento para decir, después de escuchar a Guadalupe, que yo sé que hay muchos jóvenes con la inquietud de dar su vida a Cristo: en la vida consagrada, en el sacerdocio y también en la vida familiar. ¡Cristo sigue llamando! ¡No tengan miedo de responder!

Franco, gracias por esta pregunta. Piensa en los años que Jesús pasó en Nazaret, trabajando con sus manos y compartiendo la vida de una familia. ¡El Hijo de Dios quiso vivir así! Nos enseñó que también en las cosas ordinarias podemos encontrarnos con Él. Por eso, no tenemos que vivir dos vidas, una para Dios y otra para nuestras ocupaciones, como si hubiera contraste o conflicto entre ellas. Cuando trabajas, estudias o compartes con tus amigos, hazlo con amor y ofréceselo al Señor. Así, también tu trabajo se convierte en oración y en camino de santidad. Por eso, Franco, lleva toda tu vida al altar cada vez que participes en la Eucaristía. Y después vuelve a tus ocupaciones con alegría, sabiendo que también allí te espera Jesús. Muchas gracias.

Discurso del Santo Padre

¡Muchas gracias! ¡Gracias a todos!

Queridos jóvenes, queridos amigos: ¡Bienvenidos todos!

¡Qué alegría volver a este lugar, esta vez para encontrarme con ustedes! ¡Buenas noches! En el Monumento de los Españoles hay esculturas que representan cuatro grandes regiones de la Argentina: los Andes, el Chaco, la Pampa y el Río de la Plata. ¡Qué hermoso que hoy esas tierras estén representadas por tantos jóvenes! Los saludo a todos.

Gracias por este caluroso recibimiento, así como por sus preguntas y testimonios. Agradezco también a Mons. García Cuerva, Arzobispo de esta ciudad, las palabras que me ha dirigido. Hemos querido comenzar este encuentro con un signo: el fuego de nuestras velas. Escuchemos lo que nos dice Jesús: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!» (Lc 12,49). Es el fuego de su amor, comunicado por el Espíritu Santo, que purifica nuestro corazón y nos hace capaces de amar.

Quisiera hablarles ahora de otro fuego: el de un horno en Babilonia. El libro del Profeta Daniel (cf. 1,3-7.17-20; 2,49; 3,1-93) nos cuenta la historia de tres jóvenes: Ananías, Azarías y Misael. Vivían desterrados en aquella tierra, donde aprendieron otra lengua, recibieron nuevos nombres y encontraron un lugar en la administración del reino. Tenían un futuro por delante. Hasta que llegó el día de elegir a quién

entregarían su corazón. El rey Nabucodonosor había levantado una inmensa estatua de oro y ordenó que todos se postraran ante ella. Quien no lo hiciera sería arrojado a un horno encendido. Imaginen la escena: una multitud inclinándose ante el coloso y solo tres jóvenes permanecen de pie.

El rey les ofreció una última oportunidad. Bastaba un gesto para continuar tranquilamente con sus vidas. Ellos respondieron que Dios podía librarlos del fuego, pero añadieron: «Y aunque no lo hiciera» (3,18), no adoraremos aquella estatua. ¡Cuánta libertad hay en esa respuesta! No sabían lo que iba a suceder. Conocían el castigo que les esperaba, pero sabían que solo en Dios encontrarían la felicidad.

Queridos amigos, también hoy se levantan ídolos que reclaman nuestra adoración: el éxito a cualquier precio, el dinero, la obsesión por la apariencia, la popularidad o la búsqueda desenfrenada del placer. A veces, con tal de conseguir la aprobación de los demás podemos llegar a mentir, traicionar o humillar a alguien en las redes sociales. La envidia puede impedir que nos alegremos por el bien ajeno, y el egoísmo puede llevarnos a tratar a las personas como objetos. Hay también quienes hacen negocio ofreciendo placeres que terminan por esclavizarnos, como la pornografía y diversas sustancias. Agustín nos ha dicho: "Hoy estoy de pie". ¡Qué fuerza adquieren esas palabras al recordar a los tres jóvenes de Babilonia! También ustedes están llamados a permanecer de pie ante los ídolos de nuestro tiempo.

¡No se arrodillen ante aquello que no puede darles vida! Y si alguna vez han caído, ¡levántense! No permitan que nada ni nadie les arrebate la libertad que Dios les ha dado.

Durante la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa, el Papa Francisco pronunció unas palabras que recorrieron el mundo: «Todos, todos, todos» (Ceremonia de acogida, 3 agosto 2023). Las pronunció con aquella insistencia tan suya, como quien deseaba asegurarse de que nadie se hubiera quedado sin escuchar. Quisiera inspirarme en aquellas palabras para hablar de lo que significa vivir como discípulos de Jesús: todos hacia Cristo, todos con Cristo, todos como Cristo.

Ante todo, todos hacia Cristo. Entre ustedes hay quienes han crecido cerca de Jesús y quienes recién ahora comienzan a buscarlo; quienes llevan mucho tiempo sin rezar, se han alejado de la Iglesia o han sido heridos por personas que debieron acompañarlos. A cada uno quisiera decirle: ¡hay un lugar para ti en la Iglesia! Con tus preguntas, tus heridas y tu historia. Esta es también tu casa. No tienes que fingir que todo está bien ni esperar a tener la vida resuelta para acercarte. Y a ti, que crees que ya es demasiado tarde para comenzar de nuevo, quisiera decirte: ¡bienvenido! Sin importar quién seas o qué hayas hecho, Jesucristo te conoce, Jesucristo te ama y quiere que estés cerca de Él.

Como hemos escuchado, a Guadalupe una pregunta le cambió la vida: "¿Quién te dijo que ya es tarde?". Quisiera repetirla esta noche a quienes creen que se han alejado demasiado y a quienes alguna vez les hicieron sentir que no había lugar para ellos en la Iglesia. ¡También a ustedes los está buscando el Señor! Recuerden a Zaqueo. Subió a un árbol para ver a Jesús y descubrió que Él también lo estaba buscando. ¡Lo llamó por su nombre y quiso hospedarse en su casa! Aquel encuentro lo llevó a reparar las injusticias que había cometido (cf. Lc 19,1-10). Nadie ha caído tan bajo que Cristo no pueda levantarlo. Que nuestras comunidades tengan siempre abiertas sus puertas; que sepan recibir a quien llega con preguntas, auxiliar a quien sufre y acompañar con paciencia a quien busca a Dios.

Ahora volvamos a Babilonia. Los tres jóvenes fueron atados y arrojados al horno. Las llamas se levantaban con tal violencia que alcanzaron a quienes ejecutaban la sentencia. Pero el rey vio algo incomprensible: había arrojado a tres hombres y ahora distinguía a cuatro, caminando libremente entre las llamas. El Señor había enviado a su ángel para protegerlos. ¡Los habían arrojado atados y ahora caminaban libres! El rey los había condenado al fuego, pero Dios no los abandonó. Aquí está nuestro segundo «todos»: todos con Cristo.

Nosotros conocemos la plenitud de aquel gesto. La humanidad había quedado sometida a la muerte a causa del pecado, pero Dios vino a nuestro encuentro.

El Hijo de Dios se hizo hombre, compartió nuestros sufrimientos y cargó con nuestros pecados. Por amor a nosotros, entregó su vida en la cruz y, al tercer día, resucitó. ¡Jesucristo está vivo! ¡Jesucristo ha vencido a la muerte y nos ha liberado de su poder! Queridos jóvenes: Cristo nos ama y quiere hacernos partícipes de su propia vida. Él ha prometido permanecer junto a sus discípulos hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20). ¡Cristo les ofrece una vida que ni siquiera la muerte podrá arrebatarles!

Hay un detalle del relato que me conmueve. Desde el horno, Azarías elevó una oración: «Acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde» (Dn 3,39). Aquel joven había resistido al rey y, sin embargo, reconocía ante Dios su necesidad de misericordia. ¡Qué admirable oración! También nosotros la necesitamos. Todos conocemos la distancia que, a veces, existe entre el bien que deseamos y nuestras decisiones. Y todos necesitamos convertirnos.

Cristo nos ama como somos, pero su amor es demasiado grande para dejarnos prisioneros del pecado, de aquello que nos destruye. El fuego que Él vino a traer tiene fuerza para romper nuestras ataduras y devolvernos la libertad para amar. Hay heridas que sanar, faltas que reconocer y, cuando sea posible, males que reparar. ¡Déjense transformar por Cristo! No tengan miedo de acercarse al sacramento de la Reconciliación. ¡Cuánto bien hace saber que nuestros pecados pueden ser perdonados! Recen,

lean el Evangelio, acérquense a la Eucaristía. Allí nos espera Aquel que entregó su vida por nosotros.

En medio del horno, los tres jóvenes comenzaron a cantar. Invitaron a los cielos y a las estrellas, a las montañas, los ríos y todos los seres vivos a bendecir al Señor. Incluso dijeron: «Fuego y calor, bendecid al Señor» (3,66). ¡Invitaban al mismo fuego que los rodeaba a unirse a su alabanza! Su cántico fue ensanchándose hasta abarcar la creación entera. Me gusta pensar que aquel cántico continúa y que cada generación puede añadirle su voz. ¡Qué hermoso sería que todo cuanto hacemos pudiera convertirse en una alabanza! Quizá hoy podríamos cantar: Arte y cultura, bendecid al Señor. Juegos y deportes, bendecid al Señor. Ciencia y tecnología, bendecid al Señor. Redes y pantallas, bendecid al Señor. Música y fútbol, bendecid al Señor. ¡Que todo cuanto existe, bendiga al Señor y lo ensalce con himnos por los siglos!

Al comienzo de la historia, el rey había ordenado que todos adoraran su estatua. Al final, aquellos jóvenes invitaban a todos a bendecir al Señor. El rey necesitaba amenazar para conseguir que se inclinaran; los jóvenes, que no tenían otro poder que su fe, invitaban al universo entero a compartir su alegría. Y llegamos así al tercer «todos»: todos como Cristo.

Queridos jóvenes, quien ha encontrado a Cristo está llamado a vivir como Él (cf. 1 Jn 2,6). Y a eso quisiera invitarlos esta noche: ¡a ser santos! Los santos también conocieron sus debilidades, pero fue la gracia de Dios

la que transformó sus vidas y les enseñó a amar. Jesús nos mostró el camino: «Ámense los unos a los otros como yo los he amado» (Jn 13,34). Ese «como» tiene detrás una imagen que nunca deberíamos olvidar: Jesús arrodillado a los pies de sus discípulos para lavárselos. ¡El Señor de todos se hizo servidor de todos!

También ustedes pueden lavar los pies de sus hermanos. Compartan el pan con quien pasa hambre, abran sus puertas al que no tiene hogar, visiten a los enfermos y a quienes nadie quiere visitar. Existen también sufrimientos que no se ven: una persona que necesita consejo o corrección, alguien que espera palabras de consuelo, otro que necesita saberse amado. ¡Cuántas ocasiones nos ofrece el Señor para ser como Él! Que sus vidas sean como páginas del Evangelio, escritas con la tinta de la misericordia, para que quienes los encuentren puedan reconocer en ustedes algo del amor y de la alegría de Jesús.

Esa alegría nace de la amistad con Él y nos impulsa a llevarlo a los demás. Recuerden a los discípulos de Emaús. Cuando reconocieron al Resucitado al partir el pan, se dijeron: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?» (Lc 24,32). Aquella misma noche regresaron a Jerusalén. ¡No podían guardar para sí la alegría de saber que Cristo estaba vivo! Al comenzar les he dicho: «¡Bienvenidos todos!». Ahora, como Sucesor de Pedro, les confío la segunda parte de nuestro lema: «¡Vayan y anuncien!». Vayan a sus ciudades y pueblos, a cada rincón y

periferia. Que quienes se sienten lejos de Dios descubran, a través de ustedes, que Cristo los está buscando.

Dentro de poco bendeciré la cruz que recorrerá sus comunidades. Que, al pasar esa cruz de unas manos a otras, pase también de un corazón a otro el fuego del amor de Cristo. Que Nuestra Señora de Luján los acompañe y los guíe siempre por este camino: ¡todos hacia Cristo, todos con Cristo, todos como Cristo! ¡Vayan y anuncien!

VISITA AL COMPLEJO PENITENCIARIO FEDERAL DE BUENOS AIRES

Miércoles, 11 de noviembre de 2026

¡Buenos días a todos!

Me alegra mucho estar aquí hoy con ustedes. Gracias por recibirme y por brindarme la oportunidad de vivir juntos este encuentro. Agradezco al Arzobispo de Buenos Aires, Mons. Jorge García Cuerva, a la Ministra de Seguridad, al Ministro de Justicia y al Jefe del Servicio Penitenciario. También a los capellanes, al Capellán P. Matías y a todos ustedes, en una manera especial a los que han dado sus testimonios. Este mensaje que una nueva vida es posible, espero que todos, yo incluso, podamos llevarlo en nuestro corazón. Es la esperanza que necesitamos. Mi profunda gratitud entonces a Cristian, a Maximiliano y a Reinaldo, que han compartido estos testimonios. Gracias.

Me gustaría compartirles una reflexión sobre un aspecto que todos tenemos en común por el hecho de ser humanos: me refiero a la experiencia del límite. La sociedad muchas veces presenta todo lo que es un límite —la incapacidad, la enfermedad, la ancianidad y el sufrimiento— pero límites como si fueran un defecto que hay que corregir, presentándonos un abanico de posibilidades en las que, de algún modo, seríamos presuntamente "inmortales" (cf. Carta enc. Magnifica humanitas, 118). Esto lo podemos constatar, por ejemplo, en algunas realidades

negativas que no nos son ajenas, como en la sensación de omnipotencia que provoca la droga, en el falso poder que viene del dinero fácil, en la cobarde seguridad que otorga el ejercer la violencia sobre los más débiles, en la impunidad que es fruto de la corrupción.

Muchas veces, nosotros tomamos conciencia del límite a través del pecado y de sus consecuencias, ya sea por haber cometido un error, por haber sufrido a causa de una enfermedad o de la muerte de un ser querido. «Por eso, a lo largo de los años conservamos en nosotros enseñanzas que quedan marcadas como cicatrices, memoria del camino realizado entre libertad y caídas, sueños y decepciones» (ibíd., 120).

Ciertamente, el mal que asedia el corazón humano arruina la sociedad y la vida de muchas personas, llegando incluso a extremos de inhumanidad. Sin embargo, «aun cuando el ser humano se deshumaniza y provoca tragedias, una pequeña luz sigue brillando [...] y sigue siendo capaz de reavivarse, con la gracia de Dios, recorriendo caminos de conversión y reconciliación» (ibíd., 121).

Queridos hermanos: esto significa que, aun en medio del mal, del dolor y del fracaso más profundos que hayan podido experimentar o causar, esta situación actual por la que atraviesan es también un momento particular para poder reiniciar sus vidas, como nos han compartido en los testimonios. Ciertamente, el ser humano no florece a pesar del límite, sino a menudo a través del límite (cf. ibíd., 118).

Precisamente en los momentos en los que el límite se hace tangible en nuestra vida podemos hallar una nueva sabiduría, sentir el afecto de las personas y experimentar la presencia del Señor (cf. ibíd., 119).

El paso por esta institución puede ser una oportunidad para empezar de nuevo, haciendo las paces con Dios y reincorporándose sin temor en el seno de sus familias y de la sociedad. Porque la experiencia del límite, «cuando se acoge en la verdad, no empobrece al ser humano, sino que lo abre al reconocimiento del rostro de Dios y del otro» (ibíd., 122).

Sé que este lugar, tanto en su estructura como en su organización, nos revela la dureza del límite: el hecho de no poder salir libremente, de no poder abrazar cada día a sus hijos e incluso de sufrir otro tipo de privaciones. Imagino sus noches sin dormir, extrañando a sus seres queridos o pensando en aquellos a quienes hayan podido lastimar. Sé de sus desilusiones por no haber encontrado una mano amiga que haya confiado en ustedes, que los haya ayudado a levantarse y a seguir adelante en el momento oportuno. Y parecería que todo eso es una herida abierta imposible de sanar.

Por eso, con mayor razón, quisiera resaltar que la cárcel es también testigo de profundos cambios y conversiones, de crecimiento, de aprendizajes y de adquisición de nuevos oficios y conocimientos; es testigo de personas que, habiendo experimentado la fragilidad humana en su aspecto más doloroso,

supieron transformar el desierto de la propia existencia en un jardín fecundo. Y es que, con la gracia de Dios, es posible pasar de la oscuridad total a encender pequeñas luces de esperanza. Esos destellos de luz se irradian también fuera: en sus familias, en las personas que trabajan en este lugar y en toda la sociedad.

Pienso, en primer lugar, en sus familias. Ellas también esperan y necesitan esos destellos de luz que les ayuden a seguir adelante. A ellas quisiera dirigirles unas palabras. Queridos padres y madres, queridas esposas e hijos, queridas familias de los internos: me gustaría recordarles que Jesucristo, cuando habló de cuán fundamental es la caridad, se identificó con un preso (cf. Mt 25,36), y Él mismo, antes de entregar su vida para salvarnos, fue privado de la libertad aun sin pecado alguno (cf. Jn 18,12). Por eso, es a Él a quien debemos dirigirnos para suplicarle por nuestros seres queridos que están en prisión. Pidamos a Jesús cautivo que les conceda a todos fortaleza y sabiduría, para que este tiempo de soledad y aislamiento no sea en vano, sino que se convierta en un tiempo de gracia y de salvación (cf. Tt 2,11).

Al personal del servicio penitenciario y a todos los profesionales y voluntarios que desempeñan su trabajo en las cárceles de este país, así como a los agentes pastorales que las visitan, quisiera recordarles que ese desafío, que les puede inducir a pensar, por ejemplo, en que nada va a cambiar para bien, o a verse impotentes ante las «estructuras de pecado» (S. Juan

Pablo II, Carta enc. Sollicitudo rei socialis, 36) y de muerte, ante los engaños y la corrupción que no desaparecen, sino que se refuerzan bajo distintas formas de agresividad; ese desafío es también una posibilidad de crecimiento y superación. Queridos hermanos, recordemos que visitar a los presos es una obra de misericordia a la que todos estamos llamados. Los aliento a afianzarse en la fe y a anclarse en la esperanza cristiana para poder afrontar los múltiples retos que se les presentan cada día; para que este ambiente pueda ser más humano, respetuoso, y favorezca realmente la recuperación y reinserción de las personas en la comunidad.

Por último, a las autoridades y a toda la sociedad argentina, quisiera decirles que «es precisamente en nuestro ser limitados donde encuentran lugar la compasión, la sincera preocupación ante las necesidades de los demás, la generosidad» (Carta enc. Magnifica humanitas, 119). Somos parte de la misma familia humana, favorezcamos lo que contribuye al bien de todos, acompañemos especialmente a nuestros niños y jóvenes, eduquémoslos en los valores auténticos, cuidémoslos, protejámoslos para que no caigan en las nefastas redes de la criminalidad. El Señor nos pedirá cuenta de lo que hayamos hecho por cada uno de nuestros hermanos. Que Nuestra Señora de la Merced los ampare a todos con su manto celestial. Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

PLAZA FRENTE A LA BASÍLICA DE NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN (LUJÁN)

11 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

La lectura del profeta Isaías que hemos escuchado nos invita a imaginar distintos tipos de terreno: el desierto, la estepa y el monte, todos llamados a florecer y a cantar de júbilo al contemplar la gloria de Dios. Pensemos también hoy en este hermoso país, en la variada geografía con la que el Creador del universo ha embellecido la tierra argentina: extensas pampas y caudalosos ríos, numerosas sierras y cadenas montañosas, verdes mesetas y amplias llanuras, mares profundos, glaciares majestuosos y vastos desiertos. Toda la tierra del "fin del mundo", en su esplendor y hermosura, canta la gloria del Señor.

Isaías continúa diciendo que, así como Dios hace brotar agua en la tierra árida, haciéndola más fecunda, así también sacia la sed profunda de los hombres y los sana de sus enfermedades, abriendo los ojos a los ciegos y los oídos a los sordos. Queridos hermanos y hermanas, estas imágenes nos hablan de un tiempo nuevo, de una promesa de liberación: no tengan miedo, Dios está con nosotros. Alégrense y sean fuertes, con la fuerza que viene del Señor.

Durante estos días pude ver la riqueza de Argentina, no solo en su geografía sino también en su gente, en cada uno de los encuentros, en las plazas y en las calles, en la creatividad, en la espontaneidad y en la vida que desborda a cada paso. En el Magníficat, que hemos proclamado como salmo responsorial, también la Virgen María desborda de gozo con el Señor y lo alaba por las maravillas que obra en ella. Agradezco a Dios la oportunidad de encontrarme con este pueblo tan querido, que abre sus puertas a todos, que comparte su pan y su música, donde siempre hay un lugar en la mesa para el que llega, un tiempo gratuito para conversar "entre mate y mate", una mano tendida para el que lo necesita.

Hoy, en la Casa de nuestra Madre de Luján, mi recuerdo se dirige de manera especial a nuestro querido Papa Francisco, que siempre llevó a la "Patroncita morena" en su corazón. Él nos enseñó con su vida, y nos lo sigue indicando desde el lugar que eligió para ser sepultado, tan cerca de Santa María, a amarla y venerarla siempre. De hecho, muchas veces sus palabras de despedida eran: "Que Jesús te bendiga y la Virgen Santa te cuide".

Con el corazón agradecido por tantos dones que Dios ha derramado sobre este país, quisiera en esta ocasión proponerles un itinerario, que es el mismo que vivimos en la celebración de cada Eucaristía. Consta de cuatro pasos: la reconciliación, la iluminación por medio de la Palabra de Dios, la comunión y el envío a la misión. María al pie de la cruz se une al Sacrificio

eucarístico y nos acompaña en este camino (cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. Ecclesia de Eucharistia, 56-58).

Muchos hermanos nuestros, o incluso nosotros mismos, nuestras familias, pueden estar viviendo actualmente momentos de Calvario, sufriendo a causa de enfermedades, pobreza, falta de trabajo, discriminación o rupturas familiares, entre otros problemas. En esos momentos oscuros, comprendemos los sentimientos de María al pie de la cruz, con su corazón de madre desgarrado de dolor. Al mismo tiempo, así como María, en ese terrible momento de su vida, recibió de su Hijo una nueva misión, acogiendo en su corazón de madre a toda la humanidad, también nosotros estamos llamados a recibir la gracia de Dios y vivir procesos de perdón y reconciliación, que renueven en nosotros la paz, la esperanza y la caridad. Seamos sinceros, reconozcamos nuestras faltas y pidamos perdón al Señor, «perdón por aquel mendigo, por aquella lágrima que hice brillar; perdón por aquellos ojos que al mirar los míos no quise mirar» (Zamba del perdón). Necesitamos reconciliarnos también con nuestra historia y con nuestro presente, para generar un futuro nuevo, donde sea el amor el que tenga la última palabra.

Recordemos asimismo la experiencia de los discípulos de Emaús: iban caminando con el semblante triste, desalentados, abatidos por la dura realidad. En ese momento se les presentó Jesús resucitado y les explicó las Escrituras. Después

compartieron la cena, y ellos reconocieron su presencia, que les había hecho arder el corazón (cf. Lc 24,13-35). Queridos hermanos y hermanas: esa también es muchas veces nuestra experiencia. Nos sentimos cansados, defraudados, desorientados. Necesitamos una brújula, una guía: ¡la tenemos en la Sagrada Escritura! Dejémonos iluminar por ella: la Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino (cf. Sal 119,105).

Como tercer paso, después de la reconciliación y la iluminación por medio de la Palabra, estamos llamados a la comunión. Cristo mismo nos invita a su mesa, y en ella somos bienvenidos todos (cf. Mt 22,9-10). Hay lugar para todos, especialmente para los más necesitados: los pobres y los hambrientos, los migrantes, los enfermos y los presos, con quienes el Señor se identifica (cf. Mt 25,35-40). Precisamente «la Eucaristía, sacramento de la unidad, alimenta nuestra pertenencia al cuerpo de Cristo y nos enseña a compartir. Las diversas sensibilidades presentes en la Iglesia, las convicciones fuertes que animan a cada uno, son una riqueza si permanecen ancladas en la certeza de la unidad como don recibido y como tarea por asumir» (Carta enc. Magnifica humanitas, 88). La comunión con Cristo no nos repliega en nuestros asuntos personales, no nos lleva a aprovecharnos de las carencias ajenas, no nos hace evadir nuestras responsabilidades. La comunión con Cristo nos impulsa a formar parte activa de una comunidad, a compartir gratuitamente los dones recibidos, a ofrecer lo poco que tengamos para el bien de muchos.

Se nos invita a vivir la caridad al estilo de Cristo, y ese estilo también nos lo enseña María al pie de la cruz, ya que allí, en el Calvario, tanto ella como su Hijo amaron "hasta el extremo" (cf. Jn 13,1). No se trata de hacer grandes cosas, sino de permanecer fieles junto al Señor, como estuvo su Madre, tanto en los momentos de cruz, como en los tiempos de gozo, de gloria y de luz. Se trata de mirar la vida con ojos de cielo y de pintar cada una de nuestras jornadas de color esperanza. Hay muchas dificultades, lo sabemos, pero el Señor también inspira en nuestro Pueblo fiel gestos heroicos de caridad, como el del padre que madruga cada día para llevar el pan a su casa, como la madre que acompaña a su hijo enfermo durante las largas noches de hospital, como el buen amigo que comparte su tiempo con el que lo necesita.

Queridos hermanos y hermanas, el último paso es el envío, tal como recibimos al finalizar la Santa Misa: el envío a la misión. ¡Vayan y anuncien! (cf. Mc 16,15), porque «no podemos callar lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20). Vayan y evangelicen, anuncien la alegría del Evangelio con palabras y obras de bien. Argentina, levántate y camina. Como nos dice san Agustín: «Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien» (S. Agustín, Homilía sobre la primera carta de San Juan a los partos, 7, 8).

Madre de Luján: mi Pontificado dio inicio un 8 de mayo, día de tu fiesta. Como millones de argentinos que vienen a tu casa a suplicar tu amparo maternal, yo también quiero cobijarme bajo tu manto. Guíame, Madre, en la misión apostólica que el Señor me ha encomendado. Y guía y acompaña al pueblo argentino en su peregrinar. Ayúdalo a crear puentes de caridad y redes de solidaridad, suscita en ellos el impulso para seguir recorriendo caminos de reconciliación, de comunión y de misión, iluminados por la Palabra de tu Hijo Jesucristo y cimentados firmemente en Él, «la piedra angular» (Hch 4,11). Que así sea.



“...quien ha encontrado a Cristo está llamado a vivir como Él (cf. 1 Jn 2,6). Y a eso quisiera invitarlos esta noche: ¡a ser santos! Los santos también conocieron sus debilidades, pero fue la gracia de Dios la que transformó sus vidas y les enseñó a amar. Jesús nos mostró el camino: «Ámense los unos a los otros como yo los he amado» (Jn 13,34). Ese «como» tiene detrás una imagen que nunca deberíamos olvidar: Jesús arrodillado a los pies de sus discípulos para lavárselos. ¡El Señor de todos se hizo servidor de todos”

(León XIV)